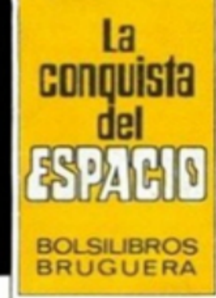


HOMO REX

Glenn Parrish

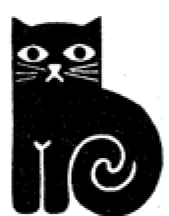
CIENCIA FICCION

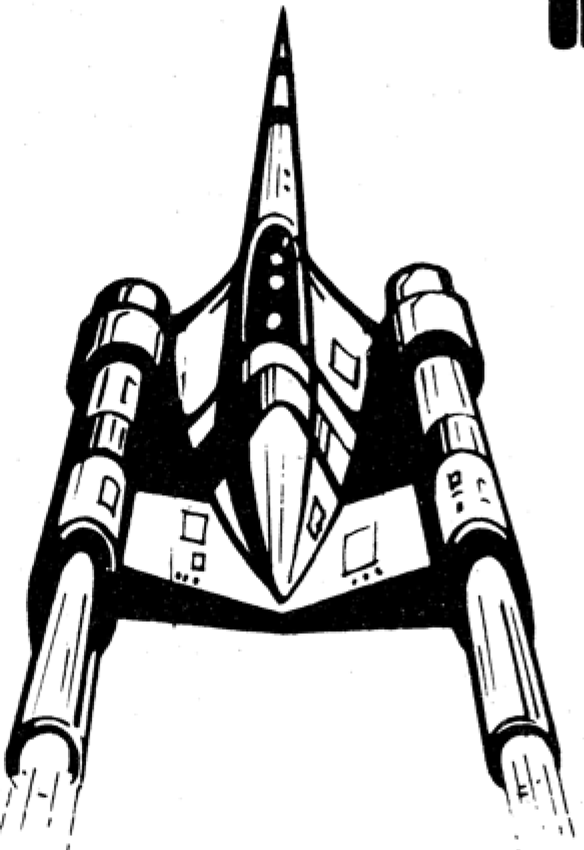


HOMO REX

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

602 — Los dominadores de la Tierra, *A Thorkent*

603 — Asesino en las estrellas, *Curtis Garland*

604 — La necrópolis de oro, *Keltom McIntire*

605 — Los robots no son humanos, *Glenn Parrish*

606 — El signo de Quemyiseth, *Keltom McIntire*

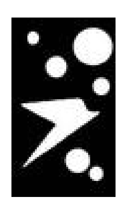
GLENN PARRISH

HOMO REX

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 607

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 325-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1982

1.ª edición en America: septiembre, 1982

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

La pequeña nave descendió hasta el suelo herboso y, cuando se hubo detenido, alguien abrió una escotilla en uno de los costados.

Un pelotón de hombres desembarcó inmediatamente. Diez o doce de ellos estaban uniformados y portaban fusiles desintegrantes. Había tres hombres más, uno de los cuales ostentaba insignias de oficial en las hombreras de su uniforme.

Otro vestía una afectada túnica de color anaranjado, con orla de grecas blancas y negras, sujeta en el hombro izquierdo por un broche en el que se apreciaba un extraño dibujo. En las manos sostenía lo que parecía un tubo de brillante metal dorado.

El tercero, en fin, no llevaba ninguna indumentaria. Estaba completamente desnudo.

Aparentaba unos treinta y cinco años y era robusto, aunque sin exageraciones musculares. El pelo era de color castaño y los ojos más bien oscuros. Estaba bien proporcionado físicamente, pero no era un hombre de excepcional aspecto.

El hombre desnudo permanecía callado, serio, aunque sin dar muestras de temor. Al cabo de unos momentos, el oficial dio una orden:

—¡Presenten... armas!

Doce pares de brazos ejecutaron un movimiento simultáneo. Entonces, el hombre de la túnica tiró de una cinta que sobresalía del centro del tubo dorado y desenrolló lo que parecía un antiguo pergamino. Acto seguido, empezó a leer con voz campanuda:

—Budd Jarbo, en virtud de la sentencia dictada por el Alto y Ultimo Tribunal Superior del planeta Tierra y aprobada por el Consejo Rector Supremo de dicho planeta, se le condena a destierro perpetuo en el planeta Zehitar, en el cual será abandonado sin ropas, víveres ni enseres de ninguna clase, dejándolo entregado a su propia suerte para que viva en dicho planeta hasta el momento de su muerte, sin posibilidad alguna de que dicha sentencia sea revocada. Firmado, sellado y demás...

El hombre de la túnica miró a Jarbo.

Si tiene algo más que decir, puede hacerlo ahora —indicó.

Jarbo hizo un gesto negativo.

—Ya está dicho todo —respondió.

—Muy bien. Se inicia el cumplimiento de la sentencia. ¿Capitán?

—Sí, señor —dijo el oficial—. ¡Descansen… armas!

Las culatas de los fusiles golpearon el suelo. Luego, el oficial emitió una nueva orden y los soldados iniciaron el regreso a la nave.

El último en entrar fue el que había leído la sentencia. Desde la escotilla, miró a Jarbo y le hizo un leve gesto disimulado, como si quisiera decirle: «Lo siento, tuve que hacerlo, era mi obligación».

Con los labios deletreó una frase de despedida: «Buena suerte, Budd».

Jarbo hizo un levísimo gesto de comprensión. La escotilla se cerró y la nave alzó el vuelo inmediatamente.

Momentos después, se había perdido de vista. Entonces, Jarbo se volvió y exploró con la mirada el paisaje que tenía a su alrededor.

El planeta parecía fértil y abundaban enormemente las plantas de todas clases. A lo lejos se divisaba la cinta plateada de un río. Mucho más allá, confundiéndose con el horizonte, vio las crestas nevadas de una cadena montañosa.

Durante unos momentos, permaneció en el mismo sitio, completamente inmóvil, sumido en sus reflexiones.

Estaba en De Zehitar, un planeta tipo Tierra, del que se tenían muy pocos detalles. Era habitable, pero se ignoraba si estaba deshabitado.

De pronto, se echó a reír.

—Al menos, ahora, hay un habitante: yo.

Echó a andar. Una de las cosas que primero debería hacer era endurecer las plantas de los pies. O buscarse pieles que sustituyeran a los zapatos que había usado hasta entonces.

Pero no tenia armas y debía procurárselas. Trató de recordar historias de hombres que, en el pasado, se habían visto en la misma situación.

Había árboles y encontraría piedras que afilaría por fricción, si no hallaba alguna ya afilada. Se construiría primeramente un venablo. Más adelante, podría fabricarse un arco y flechas. Si había animales, y tenia que haberlos a la fuerza, pronto dispondría de carne, huesos para herramientas y pieles. Los tendones le servirían para la cuerda del arco. También conseguiría encender fuego.

Una cosa tenía a su favor: la excelente temperatura que reinaba en aquellos momentos. Su desnudez absoluta no le afligía para nada.

Sobreviviría, se prometió a sí mismo.

—Procedo de la Tierra, el lugar donde se originó el hombre, rey de la creación... *Homo rex* —se dijo orgullosamente.

* * *

Llovía a cántaros y la tempestad se hallaba en todo su apogeo. Los truenos retumbaban entre las montañas y los rayos y relámpagos estallaban con tremendos fogonazos, que disipaban por breves momentos las tinieblas de la noche.

Jarbo se sentía calado hasta los huesos. Tenía frío y, lo que era peor de todo, no veía la forma de superar aquella crítica situación.

La tormenta había provocado ruidosos torrentes de agua, que bajaban impetuosos por las empinadas laderas de la montaña. Jarbo buscaba desesperadamente alguna oquedad para guarecerse hasta la llegada del buen tiempo.

Se preguntó si eran lluvias otoñales, precursoras del invierno. Todavía estaba en una posición muy precaria. Había podido construirse, efectivamente, un arco y tenía algunas flechas, pero no había encontrado aún animales de pelo. Sólo algunos pájaros de pequeño tamaño, peces y frutos silvestres le habían permitido evadir la muerte por inanición.

—Mi futuro es aún más oscuro que esta noche — gruñó.

Repentinamente, cuando menos lo esperaba, vio un puntúo de luz.

En el primer momento, creyó que era una ilusión óptica. Pero cuando aguzó la vista y vio que el resplandor persistía, notó que las esperanzas renacían de nuevo en su ánimo.

La luz era roja, lo que le indicó la posibilidad de una hoguera Caminó con rapidez un centenar de metros, salvó un fragoroso arroyuelo y, de pronto, se encontró ante la boca de una cueva.

La entrada era relativamente pequeña, pero advirtió que la cueva se ensanchaba en el interior. La hoguera estaba a unos doce metros de la boca de acceso.

La lluvia formaba una cortina líquida al caer por el borde superior de la entrada. Jarbo la cruzó de un salto y luego se sacudió como un perro mojado.

Con la mano, se limpió los ojos. Entonces vio una sombra oscura que se movía en las inmediaciones del fuego.

—Perdone... Estoy perdido... No tengo intenciones hostiles. Sólo deseo protegerme de la lluvia y del frío...

Para probar la rectitud de sus sentimientos, dejó caer el arco y las flechas. La figura se movió un poco y agitó una mano.

—Acércate y caliéntate.

Jarbo respingó. Era una mujer.

Avanzó lentamente. De pronto, se dio cuenta de que estaba completamente desnudo y puso ambas manos delante, sobre la entrepierna.

Dispense, no tengo ropas...

Ella parecía muy anciana. Andaba encorvada sobre sí misma y no le miraba apenas. Fue al rincón extremo, cogió algo y luego se lo tiró al recién llegado.

—Puedes cubrirte —dijo—, ¿Cómo te llamas?

—Jarbo, Budd Jarbo. Llámeme Budd simplemente, se ñora.

—Yo soy Adzira, la maga —contestó ella—. Al menos, así me dicen las gentes de este planeta.

Jarbo tenia en las manos un trozo de tela, pero se olvidó de cubrirse las caderas en el acto.

—¿Una maga? ¿Qué hace usted, señora?

Ella soltó una risita burlona.

—Pues... cosas de magia, naturalmente Por ejemplo, adivinar el porvenir... Por cierto, ¿tienes hambre?

—Un poco, señora...

—Llámame Adzira, a secas Acércate al fuego y siéntate. En seguida te daré algo de comer, Budd.

—Gracias, señora... Perdón, Adzira.

Ella se movía sin demasiadas dificultades por el interior de la cueva. Jarbo divisó algunas oquedades, en las que había diversos cacharros de barro, botes llenos de algo que no podía adivinar siquiera y trozos de lo que parecía carne o cecina. Al fondo de todo, en una prolongación de forma casi cilíndrica y de unos dos metros de diámetro, vio un enorme montón de pieles. Supuso que aquel hueco era el dormitorio de Adzira.

Junto al fuego había un pequeño caldero, en el que hervía un líquido espeso. Adzira tomó un cazo y llenó un cuenco, que entregó a su huésped, junto con una cuchara.

Jarbo le dio las gracias y empezó a comer. El líquido, muy espeso, tenía un gusto exquisito. Le recordó ciertos estofados de carne que había comido en otros tiempos.

Todavía no había podido ver el rostro de Adzira. Ella lo llevaba completamente cubierto por el manto que formaba parte de su indumentaria. Además, evitaba mirarle directamente a la cara.

«Debe de ser viejísima. Sin duda, tendrá la cara llena de arrugas», pensó.

En cuclillas, devoró el contenido del cuenco. Al terminar, sintió que un fuego renovado corría por sus venas.

—Adzira, no sé cómo darle las gracias...

—Yo soy el que debe dártelas, porque, al fin, has venido a mí, como he esperado durante muchísimo tiempo —contestó ella sorprendentemente.

CAPITULO II

Jarbo se quedó paralizado por el estupor. ¿Cómo era posible que Adzira esperase su llegada?

—No te entiendo... —balbució.

—Escúchame —dijo ella, ahora con voz mucho más firme—, Eres el hombre asignado por el destino para conquistar y dominar Zehitar. Tendrás que luchar mucho y correrás gravísimos peligros, porque tus enemigos serán muy numerosos, pero, a! fin, se cumplirán las profecías y serás el rey de Zehitar.

Jarbo sacudió la cabeza.

—Perdona, Adzira, pero soy solamente un hombre corriente, de inteligencia más bien discreta y poco o nada ducho en el manejo de las armas. ¿Cómo puedes esperar que conquiste Zehitar sólo con mis manos?

—Lo conseguirás —aseguró ella—. Y yo te daré la fuerza y la inteligencia necesarias para que se cumpla el objetivo tan largamente deseado.

—Me darás fuerza...

«¿Alguna droga?», pensó.

—Sí, fuerza, bravura y también inteligencia y astucia. Zehitar merece ser gobernado por un hombre justo y valeroso, que lo saque de la barbarie a que está sometido y lo haga progresar y ocupar un puesto entre los planetas de la galaxia. Tú, Budd Jarbo, serás ese hombre —dijo Adzira con voz clamorosa.

El joven se sentía estupefacto. Incluso no estaba seguro de que lo que sucedía fuese algo real.

Sin embargo, y por prudencia, decidió seguir la corriente a aquella extraña mujer.

—Y, ¿cómo lo conseguiré?

—Lo sabrás en cada momento, según se presente la situación. No hay un plan definido de un modo concreto. Pero lucharás y llegarás a gobernar Zehitar.

«Divertido. Yo, un proscrito de la Tierra, al que no han condenado a muerte por puro milagro, voy a convertirme en rey de este planeta», pensó Jarbo.

—Bien, si la profecía debe cumplirse, supongo que no debo oponerme —contestó—. Llegaré a gobernar Zehitar y… ¿Permaneceré aquí para siempre?

—Sí, y fundarás una estirpe y tu descendencia gobernará el planeta durante incontables siglos Tal vez, un día, Zehitar llegue a ser el mundo más poderoso de la Galaxia, pero ese tiempo está aún muy lejano y no lo veremos ninguno de los dos.

—Oh, ya me lo supongo, aunque imaginé que tú tendrías el secreto de la vida eterna —dijo Jarbo, no sin cierta ironía.

—Soy tan mortal como tú, aunque he vivido y viviré mucho más tiempo. Ahora bien, para que puedas cumplir tu destino, necesitas cierta ayuda y yo te la voy a dar ahora mismo.

Adzira se fue a un rincón. Jarbo oyó ruido de un líquido que era vertido en un recipiente.

Momentos después, ella regresó y le entregó una copa. Jarbo no pudo evitar un grito de admiración.

La copa parecía de cristal purísimo, de una absoluta transparencia, pero, al tomarla con dedos temblorosos, supo que estaba hecha de un bloque de diamante, sin la menor mácula. Sin saber por qué, vino a su memoria una antiquísima leyenda de la Tierra, sobre el Santo Grial y un caballero llamado Parsifal.

Pero en aquella copa no se había recogido la sangre del Señor ni él era Parsifal, sino sólo un hombre condenado a destierro perpetuo por un delito gravísimo. Todavía admirado, vio que la copa contenía un líquido rojo, muy transparente, que despedía un delicado aroma.

—Bebe, bebe sin miedo —dijo Adzira—. Es la bebida del valor, la fuerza y la inteligencia, y también de la juventud.

—¿Quieres decir que… prolongará mi estado físico, tal como me encuentro en la actualidad?

—Sí, aunque no de una forma infinita. Un día, naturalmente, empezarás a envejecer, pero la duración de tu vida será superior a lo normal.

—Supongo que eso será necesario para que se cumpla la profecía.

—Exactamente. ¿Tienes miedo de que te envenene?

Jarbo captó un leve tono de burla en la voz de Adzira y se llevó la copa a los labios.

Parecía vino terrestre, de un sabor nuevo y exquisito. A medida que pasaba por su garganta, sentía que corría fuego por sus venas.

Cuando terminó, se sintió invadido por nuevas sensaciones. Todo le parecía más brillante, aunque no sentía daño en las pupilas. Percibía nuevos sonidos y se sentía capaz de captar detalles que antes le habían pasado desapercibidos.

Tal vez aquel vino contenía alguna droga alucinógena. En todo caso, su nuevo estado no parecía inspirar cuidado.

Devolvió la copa a la maga. Ella la dejó en el hueco y luego se fue al rincón de las pieles.

De pronto, Jarbo la vio erguirse. Los negros ropajes cayeron al suelo. Estupefacto, el terrestre vio emerger un cuerpo blanquísimo, de formas absolutamente perfectas. En la penumbra del hueco, pudo apreciar unos labios rojos, estallantes de vida, unos ojos que despedían fuego y una larga cabellera negra.

Ella extendió los brazos invitadores, a la vez que sonreía hechiceramente.

—Ven, ven...

Jarbo se levantó y fue y conoció el fuego y la pasión que ardían en aquel cuerpo de mujer que no tenía la menor imperfección.

* * *

Cuando despertó, se notó los miembros torpes y envarados. Tardó algunos minutos en sentirse completamente despejado. Entonces, se sentó y miró hacia su derecha.

Frunció el ceño. Adzira no estaba a su lado.

Habría salido, se dijo. Desde lo más profundo de la cueva, pudo ver que el sol lucía en el exterior. La tormenta había cesado ya.

—¡Adzira! —llamó.

No obtuvo respuesta. Entonces se levantó y enrolló el trozo de tela

que ella le había dado en torno a las caderas. Salió fuera del dormitorio, notando una agradable sensación de hambre. Sin embargo, no era una molestia insuperable.

De pronto, vio algo que le dejó estupefacto.

La hoguera estaba apagada. Inclinándose, tocó las cenizas, encontrándolas completamente frías. ¿Le había abandonado Adzira?

Examinó el resto de la cueva. Los estantes excavados en la roca aparecían completamente vacíos. No había rastros de cacharros ni tampoco de las provisiones que había visto la víspera.

Debía haberlo soñado todo, se dijo. El cansancio, el hambre, la depresión causada en su ánimo por la crítica situación en que se hallaba eran factores que se habían conjugado para jugarle la mala pasada de un sueño, en el que una hermosa mujer había tenido parte principal.

Pero las pieles estaban allí, sin embargo, y ahora tenía sus caderas cubiertas por un trapo. Tal vez pertenecían a algún cazador, que acudía esporádicamente a la cueva. De repente, vio algo que le hizo estremecerse de pies a cabeza.

La copa en la que había bebido aquel vino maravilloso estaba allí, en un hueco de la pared rocosa, resplandeciendo como una joya de infinita belleza, única, absolutamente inigualable. Casi parecía tener vida propia.

Alargó la mano para tocarla, pero un obstáculo le detuvo. No se advertía ningún vidrio protector, pero, sin embargo, le era imposible alcanzar la copa.

Y entonces, percibió una voz en su interior:

—La copa será tuya cuando hayas completado tu misión y servirá para la ceremonia de proclamación como rey de Zehitar. Aquí estará, aguardándote, hasta el momento en que seas digno de poseerla para siempre.

La voz calló y Jarbo supo que Adzira se hallaba en alguna parte, en un lugar donde no podía verla, pero sí percibir su presencia. Estuvo unos momentos inmóvil y luego se dispuso a salir para enfrentarse con su misión.

Se preguntó cómo daría el primer paso. Bruscamente, estalló en el exterior un terrible griterío.

* * *

Jarbo corrió hacia la boca de la cueva y divisó un nutrido grupo de personas que corrían ladera arriba, vociferando horriblemente, a la vez que blandían armas de todas clases, aunque de extrema rusticidad. Había también algunas mujeres, si bien los hombres constituían el núcleo principal de la fuerza.

Las armas consistían en gañotes nudosos, hachas de piedra y venablos hechos de palos rectos y afilados. La vestimenta de aquellas personas no podía ser más simple: un taparrabos de piel para los hombres y las mujeres, aunque éstas llevaban una venda del mismo material que les cubría los pechos. Todos tenían largas greñas y frondosas barbas, pero no obstante, pudo apreciar una mayor suavidad en los cabellos femeninos.

En los gritos que proferían aquellos salvajes, había una nota común: el odio a un ser, muy pronto identificado por Jarbo.

—¡Muerte a la Maga! ¡La Maga debe morir!

Jarbo calculó que no había menos de cien, entre hombres y mujeres. ¿Qué podía hacer él solo contra tantos si le atacaban?

Bueno, quizá me consideren uno de los suyos...

Uno de los salvajes le vio de pronto y lanzó un feroz aullido:

—Allí está, uno de los esclavos de la Maga...

—Matadle, matadle...—gritaron !a mayoría.

Jarbo sintió pánico. Miró a derecha e izquierda, pero bien pronto comprendió que los salvajes habían formado un espeso semicírculo que le impedía la huida.

Tendría que luchar. Tal vez, una carga rápida le permitiría romper la línea atacante y escapar...

Un venablo voló de pronto hacia él. Casi sin saber cómo, alargó la mano y lo detuvo en pleno vuelo. Acto seguido, lo volvió y disparó el brazo con tremenda fuerza

Los efectos del lanzamiento le dejaron sorprendido. El venablo atravesó limpiamente un cuerpo humano y penetró profundamente en el del atacante que estaba inmediatamente detrás. Los dos hombres se desplomaron fulminados, en medio de un espantoso griterío,

Jarbo comprendió entonces que Adzira le había ayudado, confiriéndole una fortaleza portentosa inclinándose, agarró una piedra y la lanzó hacia adelante.

Un cráneo resultó destrozado. Jarbo se inclinó, agarró unas cuantas piedras más y las arrojó con todas sus fuerzas. Los resultados de tales lanzamientos resultaron devastadores. Las piedras rompían cabezas y hundían cajas torácicas, como si hubieran sido disparadas por un cañón de pólvora. El contraataque de Jarbo hizo remitir por unos momentos la furia asesina de los salvajes,

Pero un instante después, alguien lanzó un feroz grito y veinte hombres y mujeres respondieron a la imprecación, abalanzándose contra el joven. En una fracción de segundo, Jarbo vio al que parecía jefe, blandiendo un arma sorprendente en aquellas circunstancias: una espada de brillante acero y larga y afilada hoja.

Un extraño instinto le hizo comprender que la victoria estribaba en la conquista de aquella espada. Extendió los brazos, emitió un alarido terrorífico y luego se lanzó ladera abajo con ímpetu indescriptible.

Los salvajes se aprestaron a atacarle. Jarbo cargó contra ellos sin refrenar su marcha un solo instante. Sintióse enormemente poderoso y golpeó varios cuerpos con lo hombros.

Tres o cuatro salvajes salieron despedidos a gran distancia, chillando horriblemente.

Otro intentó cerrarle el paso, atacándole con un descomunal garrote. Jarbo se lo quitó de un tirón y luego le aplastó el cráneo con su propia arma. A su izquierda, con el rabillo del ojo, divisó un hacha de piedra que estaba a punto de caer sobre su cráneo. Movió la mano izquierda y, con el revés, hundió un rostro humano. El salvaje se desplomó y Jarbo tuvo el paso libre hasta el jefe,

Los ojos del jefe le miraron con odio infinito. Agarrando la espada con ambas manos, se dispuso a atacar. Jarbo agachó la cabeza, tomó impulso y saltó hacia adelante.

Su frente chocó contra un tórax de barril. Oyó un fuerte resoplido y notó que el salvaje caía de espaldas.

Al desplomarse, el jefe perdió la espada. Jarbo vio brillar el acero a dos pasos de distancia y se apoderó de él en una fulgurante reacción.

El jefe se levantó con enorme agilidad y se revolvió contra el terrestre. Jarbo tenía ya la espada empuñada con ambas manos y la

hizo volar horizontalmente por los aires.

La cabeza del jefe saltó, separada de su tronco. Dos chorros de sangre brotaron del cuello amputado. El cuerpo del salvaje se mantuvo todavía unos segundos en píe, mientras su cabeza rodaba y rebotaba siniestramente por la pendiente.

El cuerpo decapitado se derrumbó repentinamente. Entonces, los salvajes se sintieron acometidos por un pánico espantoso y huyeron, profiriendo alaridos de terror. Eran más de cien y habían sido vencidos por un hombre solo, quien, además de matar a su jefe, lo había hecho con su propia arma arrebatada a éste.

En pocos momentos, el campo de batalla quedó vacío. Sólo se veían los cuerpos de los salvajes muertos en la pelea.

Jarbo miró asombrado a su alrededor. ¿Qué droga misteriosa le había dado Adzira? ¿Cómo era posible que, en el transcurso de una sola noche, hubiera adquirido las fuerzas de un hércules?

Todavía no acababa de creerse lo que había sucedido. El cuerpo decapitado del jefe, todavía manando sangre a torrentes, le convenció de que la lucha había sido realidad y no una pesadilla.

Reaccionando, se inclinó para arrancar un puñado de hierbas, con las que limpió el acero manchado de sangre. Luego examinó la espada con toda atención.

Era un arma perfectamente construida y de un equilibrio total. La hoja, aunque ancha, parecía sorprendentemente ligera y tenía un filo semejante al de una navaja de afeitar. En la empuñadura apreció unas cuantas piedras preciosas de gran valor.

Si consideraba que sus atacantes estaban en la Edad de Piedra, la espada correspondía, aproximadamente, al siglo XVI terrestre. Fuese como fuese, era un arma preciosa y no pensaba abandonarla.

En el ya inmóvil cuerpo del jefe, divisó un cinturón con su vaina. Instantes después, ambos objetos eran suyos.

En aquel momento, percibió un movimiento a la derecha del lugar en que se hallaba. Velozmente, empuñó la espada de nuevo y se dispuso a defenderse. Entonces oyó una voz suplicante:

—Por favor, no me mates...

CAPITULO III

Enormemente asombrado, vio asomar una mata de pelo muy claro al otro lado de una roca. Una mano surgió, suplicando piedad.

—Sal —ordenó Jarbo—. Déjate ver.

Era una mujer, muy joven y de cuerpo graciosamente conformado. Tenía los ojos glaucos y el pelo caía en larga cascada de ondas doradas sobre su espalda desnuda. Llevaba los senos cubiertos por una tira de piel moteada y otra análoga aunque más ancha, ceñía sus caderas, delicadas, pese a la impresión de robustez que ofrecía a primera vista.

La joven era muy alta, aunque Jarbo le pasaba medio palmo holgadamente. Era evidente que se sentía terriblemente asustada y que temía morir en cualquier momento.

—¿Quién eres? —preguntó él, tras una pausa

—Hryna... Perdona, pero yo no te ataqué... Estaba aquí a la fuerza.

—¿Cómo?

—Ellos me traían prisionera... Querían entregarme a la Maga

—Pero yo les oí gritar contra ellos. Querían matarla...

—Querían matarnos a las dos. Yo tenía que adelantarme y servir como cebo, pero en lugar de la Maga, apareciste tú, su servidor...

—Yo no soy servidor de la Maga —rezongó Jarbo.

«¿Es cierto que no soy servidor de la Maga?», se preguntó, repentinamente sumido en un mar de dudas sobre el participar.

—Entonces, ¿quién eres? — preguntó Hryna.

—Puedes llamarme Budd y no te preocupes de otra cosa; ¿Debo deducir que eras prisionera de los que me atacaron?

—Sí. Me raptaron hace mucho tiempo y mataron a toda mi familia. Yo fui la única superviviente. Ellos me tenían encadenada y me hacían trabajar como una bestia de carga. Al fin, decidieron que debían ofrecerme como sacrificio a la Maga. Pero, al mismo tiempo, la matarían...

—¿Por qué? ¿Les ha hecho algún daño? —inquirió Jarbo.

—Una gran tormenta destruye sus cosechas. Ellos lo achacaron a la Maga. Decían que lo hizo por rencor y el brujo de a tribu les aseguró que no volverían a tener paz hasta que la Maga hubiese muerto. También me señaló a mí como cebo...

Hryna le contempló con admiración.

—Eres muy fuerte. Tú solo has vencido a más de cien —añadió.

—Bueno, tenía que mirar por mi pellejo —sonrió Jarbo- . Bien, ya no tenemos más que hablar Estás libre, Hryna.

Jarbo dio media vuelta y echó a andar, en busca de la llanura que se divisaba a lo lejos. No sabía exactamente hacia dónde se dirigía, pero tenía el presentimiento de que una fuerza superior iba a guiar sus pasos.

Sin embargo debería afronta solo las adversidades que pudiera encontrar en su camino. Podía evitarlo, se dijo, quedándose en la cueva, sin moverse para nada pero no era nombre que gustase de estar quieto, cuando tenía algo que hacer.

Lo que tenía que hacer era fácil se dijo, no sin sarcasmo: conquistar un planeta.

De pronto, oyó ruido a sus espaldas y se volvió.

Hryna se detuvo a pocos nasos de distancia.

—¿Qué haces? —preguntó él.

—Te sigo —respondió la muchacha.

—¿Por qué?

—Me has salvado la vida. Ahora soy tuya. Te pertenezco.

Jarbo meditó unos instantes.

—Mi compañía puede resultar peligrosa —advirtió al cabo.

—A tu lado, no siento el menor temor —contestó Hryna sencillamente.

* * *

El gamo pasó a diez o doce metros de distancia, corriendo a una

velocidad increíble. Jarbo se lanzó en su persecución, manteniendo la misma velocidad durante algunos segundos Luego disparó la espada, utilizándola como si fuese un venablo.

La presa cayó fulminada. Jarbo sacó la espada y la envainó tras limpiarla. Luego cargo el gamo a sus espaldas y regresó al campamento que habían establecido aquel mismo día.

Los ojos de Hryna brillaron al ver la pieza que había cazado el hombre. Jarbo la dejó caer al suelo

—Yo la despellejaré —dijo ella.

Tenía un cuchillo de sílex muy afilado, y se puso inmediatamente a la tarea. Mientras, Jarbo se ocupaba de encender el fuego.

Había conseguido desecar un poco de yesca, que guardaba en una bolsita de piel. Golpeó dos piedras, hasta que saltó la chispa. Luego sopló para conseguir un poco de brasa. Puso primero unas pajitas y luego unas ramas delgadas y secas

Un cuarto de hora más tarde, ardía un alegre fuego. Hryna se sentía atónita.

—Tú también eres un Mago —dijo—. Sabes cómo hacer fuego, sin esperar que caiga del cielo

—Es fácil y no tiene nada de magia —sonrió él—. Ya te enseñaré a hacerlo. Te enseñaré muchas cosas, créeme.

Poco después, había construido un rústico, pero efectivo asador. Por primera vez en mucho tiempo, iba a comer casi como en los buenos tiempos, se dijo.

No tardó en percibir el agradable olor de la carne asada. La boca se le hizo agua. Sólo faltaría, se dijo, un poco del exquisito vino que le había dado Adzira.

—Eso no es cosa que se beba todos los días —murmuró.

Después de cenar, fijó la vista en Hryna.

—Te enseñaré a construir arcos y flechas, y también a utilizarlos. No construiremos por ahora una casa ya que no vamos a permanecer quietos en el mismo sitio mucho tiempo Algún día, sin embargo, encontraremos un lugar donde fijaremos nuestra residencia. Pero no sé cuándo será.

—Tú manda, yo obedeceré —contestó Hryna

—Gracias, pero también necesito de tu experiencia…

—¿Yo? Tengo muy poca, Budd.

—Has nacido aquí y eso vale más de lo que te piensas Por favor, cuéntame cosas de este planeta.

Hryna habló largamente, hasta que cayó la noche. Jarbo se empapó literalmente de los conocimientos que ella expresaba Pero también advirtió, con la natural lógica, que ella era muy ignorante en otros aspectos.

Sin embargo, había podido advertir una inteligencia innata, que la predisponía a aprender con toda facilidad. Al día siguiente, decidió, iniciaría su aprendizaje.

Cuando se disponía a acostarse, notó cierto movimiento entre la hierba. Antes de que pudiera ver lo que sucedía algo le mordió en el muslo derecho y gritó.

Hryna saltó hacia él, agarró lo que parecía una cinta y lo agitó con fuerza, la serpiente se revolvió, furiosa. Lila sacó su cuchillo de sílex y la decapitó de un solo tajo.

—Te ha mordido —dijo.

—¿Es venenosa? —preguntó Jarbo con los ojos fijos en los cuatro puntitos rojos que tenía a unos centímetros por encima de la rodilla

—Sí, pero el veneno se anula con el fuego. Sin embargo, se tiene que hacer muy pronto, antes de que hayas contado mil latidos de tu corazón, o morirás

Mil latidos, menos de un cuarto de hora, calculó Jarbo. Inmediatamente, desenvainó la espada e introdujo un palmo en las brasas.

Procurando mantenerse sereno, contó seiscientos latidos Era poco más de ocho minutos. Sacó la espada y vio la punta al rojo vivo.

Sin vacilar, aplicó el metal enrojecido sobre el lugar donde la serpiente había asestado su mortífera mordedura. El humo se elevó de la carne quemada, junto con un olor característico. Hryna vio que en el rostro de Jarbo se mantenía inmutable.

—Ya basta —dijo ella de pronto—. Ahora descansa Tienes que

permanecer inmóvil dos días enteros. Yo cuidaré de ti, no te preocupes.

Jarbo sonrió.

—Creo que hice una buena adquisición al permitir que vinieras conmigo —respondió.

Tendiéndose en el suelo, cerró los ojos.

Era increíble. Pocas semanas antes, vivía en un ambiente dotado de todas las comodidades imaginables. Prácticamente, bastaba desear una cosa para tenerla.

Ahora, en cambio, estaba viviendo una existencia prehistórica, luchando por la vida tal como debieron hacerlo los hombres del Neolítico terrestre. Había peleado salvajemente y había matado a otros semejantes, sin estremecerse siquiera, él, que se horrorizaba y palidecía a la sola mención de la palabra sangre…

Hizo un esfuerzo para aislar la sensación de dolor y se durmió.

* * *

—La pierna no te molesta —observó Hryna dos días más tarde.

Jarbo hizo unas cuantas flexiones. Luego sonrió.

—En absoluto —contestó.

Quedaba la señal de la quemadura, pero era algo inevitable La costra desaparecería en pocos días.

—Será mejor que sigamos. Hemos de buscar materiales para construir arcos y flechas —dijo.

Hryna quiso cargar con la carne que había sobrado, pero él se lo impidió.

—Déjala para las bestias carroñeras; ya cazaremos más —dijo.

Empezaron a andar. El terreno era suavemente ondulado y abundaba la vegetación Sin embargo, no encontraba árboles con ramas rectas y largas, de las que obtener la materia prima para los arcos que deseaba construir sobre todo.

Una hora más tarde, divisaron un río entre unos árboles de tronco alto y grueso y copa frondosa. Jarbo se dijo que allí podían hallar lo que buscaba.

Súbitamente, se oyó un estridente sonido.

Jarbo se detuvo. Hryna se apretó contra él, llena de temor.

El ruido se repitió. Era una espantosa mezcla de bramido y graznido, y parecía brotar de una garganta descomunal. La bestia apareció de pronto. Jarbo creyó que soñaba.

Era casi como un elefante, pero con líneas más esbeltas y, desde luego, con una facilidad de movimientos muy superior. La cola era relativamente corta y con una enorme movilidad. El cuerpo estaba cubierto de largos y sedosos pelos de color azulado y blanco, distribuidos en manchas de dimensiones irregulares.

Pero lo que mas le sorprendió fueron las dos cabezas de la fiera Estaban al final de unos cuellos largos, delgados, serpentinos, y resultaban monstruosamente grandes en comparación con tales cuellos. Las dos bocas estaban armadas de triples hileras de dientes triangulares, que a Jarbo le recordaron los de los tiburones terrestres.

—¡Es un «schjack»! —gritó Hryna—. ¡El Gran Devorador de Todo lo Que se Mueve!

Jarbo adivinó las intenciones de la bestia. Iba a atacarles. Posiblemente, no estaba enfurecida. «Sólo tiene hambre, pero podría partirme en dos de un mordisco», pensó.

—No podremos huir... Es más veloz que nosotros... —gimió la muchacha.

Por lo que estoy viendo, quizá sea muy rápido, pero no puede trepar subir a los árboles. ¡Corre. Hryna, súbete a un árbol!

Ella no se hizo repetir la indicación. Jarbo quedo solo frente a la bestia.

Los ojos eran redondos, protuberantes y, apreció, como los del camaleón, con movimiento independiente. Inesperada mente, antes de que el «schjack» iniciase su ataque él echo a correr hacia la fiera, a la vez que profería un grito terrorífico.

* * *

El «schjack» pareció sentirse desconcertado al ver aquel minúsculo animalito de dos piernas que corría hacia él. Lanzó otro de sus dobles bramidos y luego se dispuso a destrozar al osado atacante.

Pero cuando descargo el primer golpe con la cabeza izquierda, sus

dientes sólo encontraron el vacío y chasquearon horriblemente al chocar unos contra otros. Agitó el otro cuello y no consiguió ver a su presa

Jarbo pasó como una centella por el costado izquierdo. Viró bruscamente, tomó impulso, saltó hacia arriba y en una fracción de segundo, se encontró a horcajadas sobre el lomo del monstruo.

Con la mano izquierda, se aterró a un puñado de pelos del «schjack». Mientras desenvainaba la espada.

Los cuellos del animal podían volverse completamente hacia atrás. Jarbo descargó el primer golpe.

Bastó un solo tajo. La cabeza, tan grande como una ternera terrestre, cayó al suelo, agitándose convulsivamente, con más de dos metros de cuello todavía siguiéndola. La garganta que aun permanecía indemne emitió un horrísono chirrido y se volvió para atacar a su adversario.

La espada volvió a moverse fulgurantemente. Otro cuello quedó cortado a un metro del cuerpo. Las patas delanteras del «schjack» empezaron a doblarse.

Jarbo agitó la espada

—¡Estás salvada, Hryna! — gritó.

Levantó la pierna derecha y se dejó resbalar al suelo. Pero cometió un gravísimo error, debido sin duda a su inexperiencia en la lucha contra aquellos monstruos.

Pese a que ya había perdido las dos cabezas, el cuerpo del animal y los restantes miembros poseían aún cierta vitalidad que les permitía algunos movimientos reflejos. La cola se agitó bruscamente, con seco chasquido, y golpeó el brazo con el que Jarbo sostenía la espada.

Jarbo notó un golpe seco. No sintió dolor. Pero, de repente, vio la espada y el antebrazo caídos en el suelo.

El muñón quedaba a unos quince centímetros del codo y arrojaba torrentes de sangre. Fue demasiado para el terrestre Sintió un terrible mareo y perdió el conocimiento.

CAPITULO IV

Cuando despertó, notó un sordo dolor en el lugar de la amputación.

Vagamente percibió los movimientos de una figura en las inmediaciones. A veces, la figura ocultaba la luz rojiza de una hoguera.

Lanzó un leve gemido. Hryna corrió hacia él.

—No te muevas—dijo.

—Voy a morir...

—Nada de eso —contestó ella—. Estas vivo y saldrás adelante, pero, sobre todo, tienes que permanecer absolutamente inmóvil.

—He perdido el brazo derecho, Hryna.

Ella se le acercó con un cuenco hecho de la cáscara de un fruto seco, en el que había un líquido humeante. Jarbo bebió unos sorbos.

—No te muevas —insistió Hryna.

El dolor persistía, sordo, continuo. Jarbo se notaba terriblemente débil.

—Perdiste mucha sangre, pero te salvarás.

El hizo una mueca.

—A partir de ahora, me llamarán Budd «Un Brazo» —dijo.

—¿Por qué? Mira a tu derecha. ¡No lo muevas! —chilló Hryna.

Jarbo volvió la cabeza. Creyó que soñaba.

—Tengo el brazo...

—Sí. Lo tienes. Ahora se esta uniendo nuevamente al resto del miembro. Pero tienes que permanecer absolutamente inmóvil

Jarbo no daba crédito a sus ojos, El brazo derecho estaca

completo, envuelto en una espesa capa de hierbas que le resultaban desconocidas, desde las proximidades del hombro hasta la muñeca. La mano parecía descolorida, pero era una palidez que no infundía recelos.

—¿Lo hiciste tú?

Hryna, arrodillada junto a él, movió la cabeza.

—No sé… A veces pienso que fue una voz desconocida la que me impulsó a juntar las dos partes del brazo, cuando te vi sin sentido en el suelo. Yo nunca había hecho nada semejante y… Bien, envolví el miembro en hierbas que me parecieron podrían resultar curativas…

—Una voz desconocida —repitió Jarbo.

«¿Adzira?», pensó.

—La mano tenía un aspecto horrible cuando hice la unión —continuó Hryna—. Ahora se ve mucho mejor. La sangre circula de nuevo. Lo que no sé es si algún día recobrarás la fuerza de tu brazo. Pero no queda otro remedio que esperar.

Sí, tendría que esperar, para saber si se habían unido de nuevo los músculos, los nervios y los huesos. Pero no dejaba de ser un consuelo.

—Hryna, algún día podré pagarte…

—Tú me salvaste de la muerte —sonrió ella.

El caldo le hizo sentir sueño y se durmió. Cuando despertó, era ya de noche.

Hryna dormía a poca distancia, junto a la hoguera. Jarbo supuso que debía de sentirse muy fatigada Pero ella pareció presentir que la miraba y abrió los ojos.

Voy a darte más caldo —dijo, levantándose ágilmente.

Jarbo empezó a sentirse algo mejor. El dolor parecía haber disminuido bastante.

—He estado sin sentido muchas horas —murmuro.

—Casi cuatro días —contestó ella.

Aquel largo desvanecimiento había sido providencial, se dijo Jarbo. De otro modo, no sabía… «Oh, más vale no pensar en ello».

Al día siguiente, Hryna retiró las hierbas con gran cuidado. Jarbo pudo ver la ancha línea rojiza que marcaba el lugar de unión del brazo amputado con el resto del miembro.

Hryna puso más hierbas frescas v él notó muy pronto una agradable sensación de alivio. Inesperadamente, sintió algo en el dorso de la mano.

—Una mosca —dijo.

Hryna la espantó con un gesto. Jarbo estuvo a punto de soltar un alarido de júbilo. Había notado algo tan leve como el contacto de una mosca con su mano. Muy despacio, temblando de miedo, movió los dedos y vio que los músculos respondían a los impulsos nerviosos ordenados por el cerebro.

A partir de entonces, la convalecencia fue rápida. Una semana más tarde, Jarbo vio que sólo quedaba una fina línea rojiza en el lugar de empalme. Sin embargo, no se atrevía aún a hacer fuerza con el brazo temeroso de sufrir algún daño irreparable.

Mientras. Hryna, bajo su dirección, construía un arco y flechas. Jarbo le hizo fabricar también un lazo, con pelos del «schjack» muerto. Así pudieron disponer de una soga de unos doce metros de longitud, suave y resistente.

Tres semanas después del encuentro con el «schjack», Jarbo empezó a realizar los primeros ejercicios de rehabilitación del miembro. La cicatriz rojiza era ahora una línea blanquecina que rodeaba el brazo por completo. Acabaría por desaparecer totalmente, presintió.

Otras dos semanas después, Jarbo tensó el arco y disparó su primera flecha.

El proyectil falló el blanco, pero no lo lamento. Aquel disparo era importante por otro motivo: había recobrado la fuerza del brazo.

— Hryna —gritó, exultante de satisfacción—, podemos marcharnos.

—¿Hacia dónde? —preguntó la muchacha.

—¡A la conquista de Zehitar!

* * *

A medida que pasaban los días. Jarbo se sentía más y más fuerte.

En el brazo ya no quedaban señales de aquel horrible corte. Ahora era un hombre tremendamente robusto y ágil, capaz de enfrentarse con cualquier peligro.

Hryna, a su lado parecía hacer mejorado también en todos los sentidos. Se había hecho más esbelta y, aunque de delicada apariencia, poseía una fortaleza poco común. Era capaz de cazar pagaros al vuelo con el arco y las flechas y con el lazo había adquirido una habilidad consumada.

—Sólo tendríamos que encontrar un poco de metal —dijo él un día —Un par de cuchillos nos vendrían estupenda mente.

—Tengo el mío de piedra —alegó Hryna.

—Demasiado tosco, aunque no niego su utilidad. Pero un buen cuchillo de caza...

Estaban atravesando un frondoso bosque al otro lado del cual habían visto un río. De repente, oyeron un ruido parecido a un relincho.

Jarbo empuñó la espada inmediatamente. Un segundo después, vio aparecer algo que le hizo creer que no estaba en sus cabales.

El animal tenía un enorme parecido con el caballo terrestre, aunque era un poco más alto y de mayor corpulencia. Llevaba un jinete y fue la indumentaria de éste lo que asombró al joven.

El jinete vestía una especie de traje de mallas de metal y llevaba lanza y escudo Su cabeza quedaba protegida por un casco con ancha visera, sujeto al mentón por un sólido barboquejo de cuero.

El jinete no se sintió menos asombrado al encontrarse con una pareja de salvajes. Pero inmediatamente, les apuntó con la lanza.

¡Quietos ahí! —exclamó- No os mováis; ahora sois míos. Mi pertenecéis, ¿está claro?

Jarbo respingó

—¿Quieres decir que nos tomas por esclavos?

—Eso es. Desde ahora, formáis parte de las propiedades de Darm Volb, «el Radiante»

—Ah, ¿te llamas Darm Volb? —dijo el joven—. Yo soy Budd. Ella es Hryna.

—Muy bien. Caminad delante de mí…

—Perdona, Darm, pero no somos tus esclavos.

El jinete les miró con ojos incrédulos. Era evidente que no estaba habituado a recibir negativas de los que creía seres inferiores.

—Os he capturado…

—Discúlpame. Te has encontrado con nosotros que no es lo mismo. Hryna y yo somos seres libres, porque así hemos nacido y no pensamos dejarnos esclavizar por el primer idiota que pase por nuestro lado.

El rostro de Volb se deformó de ira.

—Budd, cuenta veinte latidos de tu corazón y toma una decisión. Acepta pertenecerme o considérate muerto. En cuando a ella, la honraré llevándola a mi lecho…

—En mi planeta, a eso que has dicho se le llamaba deshonrar a una mujer —dijo Jarbo con sorna— Bueno, fanfarrón, cangrejo a caballo, si tienes ganas de pelea ¡adelante!

Hubo un instante de silencio. Luego, Volb tiró de las riendas de su montura, volvió grupas y se alejó al galope corto.

—Se marcha —dijo Hryna, muy aliviada.

Pero estaba en un error. A unos treinta pasos. Volb hizo girar nuevamente a su caballo. Enristró la lanza, gritó estruendosamente y arrancó.

—¡Sepárate, Hryna! —gritó él.

La muchacha se alejó. Volb llegaba, cargando impetuosamente, pero, en el último instante, Jarbo saltó a un lado y el lanzazo se perdió en el vacío.

Inmediatamente, se revolvió. Saltó hacia adelante y hacia arriba, en sentido oblicuo, y consiguió agarrar el brazo de Volb, al que desmontó.

Volb cayó al suelo pesadamente. Jarbo rodó por la hierba. Inesperadamente, su cabeza chocó contra una piedra y se sintió aturdido y sin fuerzas.

Volb lanzó un grito de júbilo. Recobró la lanza y, empuñándola con ambas manos, se dispuso a atravesar el cuerpo de Jarbo. En el

mismo instante, se oyó un sonido semejante al de una cuerda de guitarra hecha vibrar con fuerza.

Un terrible alarido rasgó la atmósfera. Volb se tambaleó, soltando la lanza, para llevar ambas manos al lado derecho de su rostro, en el que había aparecido repentinamente un delgado palito emplumado. Hryna dio un salto lateral, para buscar una mejor posición y, a doce metros de distancia, disparó la segunda flecha.

El proyectil atravesó de parte a parte el cuello del caballero. Volb cayó de bruces, pataleando convulsivamente. Pero sus movimientos duraron muy poco.

Jarbo se sentó en el suelo, sacudiendo la cabeza.

—Hryna, gracias.

—„Estás bien? —preguntó ella.

—Me di un golpe al caer... Pero no tiene importancia.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie. Recobró la espada, volviéndola a la funda, y se acercó al caído.

—Estúpido —murmuró—. Sólo queríamos seguir nuestro camino...

De repente, sonó un relincho. Jarbo volvió la cabeza.

El caballo pacía tranquilamente a poca distancia. Una sonrisa apareció en los labios del joven.

—Hryna, ¿has montado alguna vez en uno de esos bichos?

—No. pero sólo disponemos de uno para los dos. Yo tendré que caminar a pie...

Jarbo le dio unas palmaditas en la espalda.

—Es lo suficientemente fuerte para transportarnos a ambos —dijo alegremente.

* * *

El caballo era muy dócil y obedecía sin dificultad las órdenes de los humanos. En pocos días, Jarbo y Hryna adquirieron una consumada habilidad como jinetes.

Además, era un animal muy resistente, capaz de marchar horas y horas sin dar la menor muestra de fatiga. Cierto día, una semana

después del encuentro con Volb, el caballo se detuvo y relinchó estruendosamente.

Un sonoro rugido fue la respuesta al relincho, Jarbo desmontó en el acto. Hryna preparó el arco.

Jarbo avanzó unos pasos y rodeó un espeso matorral que le impedía la visión. Al otro lado, había un enorme charco de fango rojizo, en cuyo centro se debatía un animal de pelaje azulado, moteado con algunos círculos de color anaranjado fuerte.

Tenía todo el aspecto de un tigre terrestre, pero su tamaño era muy superior. El animal trataba de salir del charco, pero era evidente que, a cada movimiento, se hundía más y más.

—Déjalo —exclamó Hryna—. Es una fiera y te destrozaría si te pusieras a su alcance.

Jarbo hizo un gesto negativo. El tigre azul rugía, pero en su voz había un tono de súplica que no le había pasado desapercibido.

—Tiene miedo —dijo—. Dame el lazo.

—Está bien, pero tendré preparado el arco. No quiero sustos, Budd —contestó ella.

Jarbo hizo voltear el lazo sobre su cabeza y luego lo arrojó hacia la fiera. La soga quedó en torno a su cuello.

—Te va a doler un poco la garganta —sonrió.

Tiró ligeramente para afirmar el lazo, y luego plantó los pies en el suelo. Tensó sus músculos y tiró hacia atrás.

Las patas delanteras del felino salieron del limo. El animal, más suelto, gruñó, hizo un esfuerzo y consiguió liberar sus cuartos traseros del barro. Instantes después, llegaba a tierra firme.

Hryna tensó el arco, pero no llegó a disparar la flecha. El tigre, inexplicablemente, se acercó a Jarbo y frotó su cabeza contra las caderas del joven, a la vez que meneaba la cola y emitía unos ronroneos de satisfacción.

Jarbo se echó a reír.

Hryna, ¿ves lo mismo que yo? ¡Me está dando las gracias!

Ella descargó el arco. Se acercó al tigre y le acarició la cabeza.

—Son unos animales muy inteligentes —dijo—. Pero también feroces.

—Este se ha vuelto manso como un gatito. En fin, muchacho —Jarbo se dirigió al tigre—, ya estás libre. Sigamos. Hryna.

Volvieron a montar a caballo y emprendieron la marcha al trote. Segundos más tarde, oyeron un gruñido.

Hryna volvió la cabeza.

—Budd, nos sigue —exclamó.

Jarbo miró hacia atrás.

—Mira por donde tenemos ahora un perrito fiel —dijo.

Durante vanos días, caminaron sin rumbo fijo, un extraño cuarteto formado por un hombre, una muchacha, un caballo y un tigre azulado. Un par de veces se encontraron con sendos «schjacks», pero les evitaron prudentemente.

Una semana después del encuentro con el tigre azulado se tropezaron inesperadamente con un nutrido grupo de jinetes, todos ellos ataviados y armados de la misma forma que Volb.

Uno de los miembros del grupo, sin embargo, no usaba caballo para desplazarse. Era un sujeto enorme, de casi tres metros de altura y unos doscientos cincuenta kilos de peso que debía desplazarse en una plataforma sostenida por dos caballos en tándem. En lugar de lanza, llevaba una maza de dimensiones indescriptibles.

El jinete que marchaba en cabeza pintado en su escudo un gran circulo dorado, con tres estrellas rojas en el centro. Al ver a la pareja, alzó la mano y la tropa se detuvo en el acto.

—¡Quietos! —ordenó—. Me parece que ya hemos encontrado lo que buscábamos, amigos.

—¿Te refieres a nosotros? —preguntó Jarbo.

—Me refiero a la espada que cuelga de tu cinturón —contestó el jinete con acento rebosante de hostilidad.

CAPITULO V



Jarbo acarició maquinalmente el puño de la espada.

—Es mía —dijo.

—Pertenecía a Kor Dval —manifestó el jinete—. Era el nombre más valeroso que jamás se había conocido. Iba a ser nuestro rey.

—Ah... No hemos visto a Dval —respondió Jarbo—. Esta espada se hallaba en poder de un salvaje al que se la arrebaté después de haberle dado muerte. Supongo que Dval murió a manos de aquel bárbaro y de sus secuaces.

—Si Dval está muerto, murió a traición. Nadie le habría vencido en un duelo leal.

—Eso no puedo afirmarlo, puesto que, repito, no lo conocí. Pero la espada es mía. Me pertenece. ¿Quieres venir a quitármela?

El jinete vaciló. A pesar de su impresionante armamento, temía enfrentarse con el actual poseedor de la espada.

—Dval habría sido nuestro rey —dijo—. Sólo le faltaba vencer al «schjack» gigante para probar su valor y conseguir así la corona que está vacante desde hace muchísimos años.

—Ese hombre miente —dijo alguien de repente.

Jarbo volvió al rostro. La voz procedía del sujeto que viajaba en angarillas. Sonreía malignamente y acariciaba con fruición la enorme maza que sostenía con dos manos que parecían palas.

—¿Puedes contradecir a Trylk? —preguntó el jinete.

—Si no es suficiente mi palabra... —dijo Jarbo

—Escucha un momento. Yo me llamo Arzull y, por el momento, soy el regente de nuestro pueblo. Aunque mi autoridad es sólo provisional, puedo garantizarte que podrás marcharte en paz si vences a Trylk.

—¿Quieres decir que debo luchar con esa mole de carne?

—Exactamente.

—Muy bien, estoy dispuesto.

Hryna puso una mano en el brazo del joven.

—Te vencerá... —dijo aprensivamente.

—No lo creas. Procura, sin embargo, contener a «Nick».

«Nick» era el nombre que Jarbo había puesto al tigre azulado. Hryna agarró al animal por el cuello.

—Bien —exclamó el joven en voz alta—, cuando quieran Trylk.

El gigante abandonó la plataforma y se puso en pie. Pese a que había advertido su colosal estatura, Jarbo se sintió estupefacto al ver que le fallaba menos de medio palmo para llegar a los tres metros.

La maza, enorme, pesadísima, era de madera muy dura, rematada por unos hierros en forma de cruz perpendicular al eje longitudinal. Parecía como si le hubiesen puesto dos martillos cruzados.

Trylk sonreía burlonamente.

—Al primer golpe, te hundiré la cabeza tanto, que te la encontrarás entre los pies sin saber cómo ha sucedido dijo.

Jarbo alzó la mano.

—¡Un momento! —pidió—. Arzull, ¿puedes decirme por qué tuvo que ir Oval a luchar con el «schjack» gigante? ¿Sólo por ser vuestro rey?

—Nuestro rey será el que venza a la fiera que devora hombres y mujeres casi diariamente, sin que hasta ahora, hayamos podido matarla —contestó el interpelado.

—Es decir, si yo lo consiguiera...

Serias nuestro rey y nos guiarías a la guerra contra los habitantes de la región de Umdra

—Ah, ¿estáis en guerra...?

—No, pero les atacaremos, porque ellos criaron al «schjack», lo hicieron crecer mucho más de lo normal y luego lo educaron para atacarnos Cuando nos hayamos debilitado lo suficiente, los umdranitas nos atacaran y se apoderarán de nuestras riquezas. Pero si no vences primero a Trylk, no tendrás opción para enfrentarte con el «schjack».

Jarbo hizo un gesto de asentimiento.

—Seré vuestro rey, guerrearemos contra Umdra y venceremos —dijo orgullosamente.

Con gran ostentosidad, se desciñó el cinturón con la espada y se lo entregó a Hryna.

—No me hará falta —aseguró. Hizo un ademán con la mano—. Vamos, Trylk, cuando quieras.

El gigante lanzo un alarido de júbilo. Levantó la maza y se arrojó contra el joven.

«Nick» gruñía sordamente. Hryna se esforzó por calmarlo.

La maza bajó, silbando ominosamente, pero no encontró el blanco deseado y golpeó el suelo con tremenda potencia. Trylk quedó momentáneamente desequilibrado y Jarbo contraatacó.

Primero agarró la maza con ambas manos, antes de que su dueño tuviera tiempo de blandirla nuevamente. Luego la arrojó a un lado.

Trylk trastabilló. Jarbo se metió debajo de él y, sorprendentemente, levantó aquel cuarto de tonelada con ambas manos.

El gigante perneaba y gritaba frenéticamente, en medio del asombro de los espectadores de la escena. Jarbo dio un par de vueltas sobre si mismo y luego echó a correr. Bruscamente se detuvo en seco a la vez que movía los brazos hacia adelante.

El cuerpo de Trylk voló por los aires. Recorrió una veintena de metros, choco contra un árbol, cayó al pie y se quedó inmóvil.

Hubo un momento de estupor. Nadie acertaba a pronunciar una sola palabra. Súbitamente, estalló un clamor general.

Arzull desmontó y se acercó al joven con la mano extendida.

—Has ganado —dijo— Confieso que nunca había visto nada semejante. ¿De donde has sacado tantas fuerzas?

Jarbo sonrió.

—En mi país me consideraban un hombre débil —contestó con fanfarronería.

—La gente de tu pueblo deben de ser todos muy robustos. Bien, has derrotado a Trylk, pero todavía debes vencer a «schjack». Cuando nos lleves su cola cortante como prueba te proclamaremos rey.

Jarbo se estremeció. Todavía se acordaba de su combate contra la fiera bicéfala. Sí el primer «schjack» tenia el tamaño de un elefante, ¿cómo sería el que Arzull consideraba como gigante?

Repentinamente, se oyó un agudo grito.

—¡No, Trylk!

Era Hryna. Jarbo y Arzull se volvieron.

El gigante se había levantado. Ciego de ira por la derrota, había sacado un puñal que casi parecía una espada, y cargaba contra Jarbo, intentando acuchillarlo por la espalda.

Hryna disparó una flecha. El proyectil perforó el ojo izquierdo del gigante y penetró hasta su cerebro.

A pesar de todo, Trylk, movido todavía por el impulso inicial, recorrió unos cuantos pasos. Luego, bruscamente, cayó de bruces, estrellándose contra el suelo con sordo estruendo.

—Parece que no tenía el espíritu de un verdadero caballero —comentó Jarbo.

—Ha pagado su felonía con la muerte —respondió Arzull fríamente—. Bien, cuando hayas conseguido la cola cortante del «schjack», ven a Wrjeddin, nuestro país. Allí se te proclamará como rey y nos conducirás a la guerra con Umdra.

—Seré vuestro rey y derrotaremos a los umdranitas —aseguró Jarbo.

Arzull y algunos de sus hombres cargaron, no sin esfuerzo, el enorme corpachón de Trylk en las angarillas y se dispusieron a reanudar la marcha. Arzull tendió el brazo.

—Hacia allí, aproximadamente, está el «schjack». Wrjeddin está al otro lado de aquella masa de agua que se ve en lontananza —señaló.

Jarbo divisó en el horizonte lo que parecía ser un océano.

—Perfectamente —contestó.

Los jinetes se marcharon Jarbo recobró la espada.

—Hryna...

—Dime, Budd.

—¿Qué habría hecho yo si no te hubiese encontrado?

—No lo sé, aunque yo me pregunto a veces qué habría hecho otro en tu lugar.

Jarbo se sorprendió de aquella respuesta. Miró a Hryna unos instantes. Era una muchacha radiante de belleza y ella se erguía orgullosamente, como si quisiera hacer notar sus encantos físicos.

Pero aún le sorprendió más otro detalle, que casi le había pasado desapercibido hasta aquel momento. Y, por la noche, después de acampar, se sintió terriblemente desazonado.

Llevaba semanas enteras al lado de una mujer hermosa y apetecible y, sin embargo, apenas había sentido las llamaradas de la sensualidad. ¿Acaso se habían atrofiado sus sentidos en tal aspecto?

* * *

La huella era enorme y medía al menos metro y medio de largo, por uno de ancho. Pero no cabía duda sobre su origen.

Acuclillado en la hierba, Jarbo examinó la marca impresa con todo detenimiento. Tomó un poco de tierra y algunos tallos de hierba con dos dedos y acercó todo a la nariz.

—Aún huele —dijo— No hace mucho que ha pasado por aquí, de modo que no puede hallarse muy lejos.

El caballo empezaba a mostrar signos de inquietud. «Nick» meneaba la cola constantemente.

A partir de aquel momento, avanzaron con grandes precauciones. Las huellas del monstruo se sucedían casi constantemente.

Casi sin darse cuenta, llegaron al borde de la selva. Ante ellos se extendía una llanura con algunas ondulaciones y vaguadas relativamente profundas. Un río de abundante caudal serpenteaba por la planicie, extendiéndose sus aguas en numerosos lugares, debido a la escasa pendiente de su cauce.

De pronto, Jarbo llegó al borde de un trozo arenoso. Vio brillar algo y se agachó para recoger aquel objeto. Era un trozo de sílice, de forma irregular y contornos redondeados, con algunas manchas negruzcas.

—Un rayo fundió parte de la arena... Yo tendría que hacer lo mismo y construirme un par de lentes. Así dispondría de un catalejo...

—¿Qué es un catalejo? —preguntó Hryna.

—Un tubo que permite ver muy cerca las cosas que están lejos —respondió él.

—Si lo tuvieras, verías al «schjack» más cerca de lo que está ahora, ¿verdad?

Jarbo seguía en cuclillas y se incorporó lentamente. La enorme bestia se movía a lo lejos, un kilómetro y medio aproximadamente, y parecía muy entretenida comiendo hojas de los árboles que abundaban en aquel lugar.

—Me gustaría verlo a un millón de kilómetros —sonrió Jarbo.

—Bien, ahí lo tienes. ¿Cómo piensas matarlo?

Jarbo meditó unos segundos. De pronto, vio brillar algo a unos cuatrocientos metros de distancia.

—Vamos allá —dijo.

Taloneó al caballo y reanudaron la marcha. Momentos después, Jarbo se detenía al borde de lo que parecía una charca, cuyo diámetro no bajaba de los doscientos cincuenta metros.

Desmontó, agarró una piedra y la arrojó al centro de la charca. Se oyó un sordo chapoteo. Luego, surgieron grandes burbujas que explotaban lentamente en la superficie.

—Creo que ya lo tengo —dijo.

Hryna había desmontado también.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella.

—Muy pronto lo sabrás. Desmonta, por favor Y sujeta a «Nick», no quiero que sea un estorbo.

Jarbo montó de nuevo a caballo y sonrió.

—No te muevas de este lugar —dijo.

—Ten cuidado —advirtió Hryna.

—No te preocupes.

Jarbo taloneó de nuevo al caballo y galopó al encuentro de la gigantesca fiera, que pacía tranquilamente, sin apercibirse por el momento de que se le acercaba lo que podía ser un alimento mucho

más sabroso que las hojas y las ramas tiernas de los árboles.

«Debe de ser un animal omnívoro», pensó. Pero, si en aquellos momentos, el «schjack» no tenía carne a su alcance, debía satisfacer su apetito con alimentos vegetales.

Diez minutos más tarde, se detuvo a una distancia prudencial y observó a la fiera.

CAPITULO VI

Arzull había tenido razón. Aquel animal bicéfalo parecía la pesadilla de un científico loco, hecha realidad. Si el anterior tenía las dimensiones de un elefante, éste casi parecía una ballena con patas, colas y dos cuellos que medían más de diez metros. Las cabezas, calculó Jarbo, eran tan grandes como el caballo que montaba.

Pese a su fiereza, el «schjack» tenía una desventaja insuperable. Jarbo lo había visto muy bien en su primer encuentro. Ahora, recordando el dato, se dispuso a utilizar en su provecho el defecto del monstruo.

De repente, lanzó un grito:

—¡Eh, eh!

Una de las cabezas del «schjack» se volvió, mientras la otra continuaba devorando ingentes cantidades de material vegetal. Jarbo vio agitarse la cola del animal, casi ridícula en comparación con su tamaño, pero que, no obstante, medía poco más de tres metros. La mitad del final era casi plana y parecía un enorme cuchillo, de doble filo y con una nervadura central que le proporcionaba la tensión suficiente para asestar mortíferos golpes sin posibilidad de fallo.

Volvió a gritar. El animal pareció irritarse.

Jarbo hizo caracolear a su caballo, a una veintena de metros de distancia. Entonces, el «schjack» dejó de comer y empezó a girar hacia su izquierda.

—«Se prepara para atacar», pensó el terrestre.

La pata delantera del monstruo se movió. Luego la otra, después, las dos posteriores. Jarbo cabalgó delante, provocando con la voz y los gestos al animal.

El «schjack» empezó a ganar velocidad. Jarbo mantuvo la distancia.

Hryna contemplaba la escena con el corazón en suspenso. A los pocos momentos, perseguidor y perseguidos corrían a enorme velocidad.

El monstruo era tardo en reaccionar, pero una vez que había adquirido el ritmo de marcha, podía correr con enorme rapidez. Jarbo vio que, pese a la velocidad de su montura, empezaba a perder terreno.

Pero ya estaban en las inmediaciones de la charca. Esperó hasta el último instante y luego dio un violento tirón de riendas hacia su derecha.

Ya sentía en la espalda el horrendo aliento de la fiera. El caballo se desvió en ángulo recto y galopó paralelamente al borde de la ciénaga. El «schjack» era muchísimo más lento en reaccionar.

Sencillamente, no podía virar de repente. Necesitaba mucho más espacio para alterar su rumbo y por ello se precipitó a toda velocidad en la charca.

Antes de que pudiera detenerse, había recorrido más de cincuenta metros. Cuando se paró, intentó salir, pero ya tenía medio cuerpo sumergido en el barro traidor.

Sus dos cabezas se elevaron, trompeteando furiosamente. Intentó liberarse una y otra vez, pero no lo consiguió. El hundimiento era inevitable.

Jarbo desmontó y corrió hacia la orilla. El «schjack» se hundía más acentuadamente por la parte delantera. Los cuartos traseros sobresalían aún tres o cuatro metros fuera de la superficie.

—¡Hryna, el lazo! —pidió Jarbo.

Ella se lo entregó. Jarbo, sin vacilar, se lanzó al agua.

Había podido observar que entre la superficie y las primeras capas de limo había un espacio de unos cincuenta o sesenta centímetros. El agua, lógicamente, estaba muy turbia, pero le sostenía perfectamente.

Los bramidos del animal, que sabía que se hundía inexorablemente, eran horripilantes. Jarbo llegó a sus inmediaciones y, sosteniéndose con ligeros movimientos del brazo izquierdo y de las piernas, arrojó el lazo.

Tiró a continuación. El lazo quedó firmemente amarrado. Luego se cambió la soga de mano y sacó la espada.

Golpeó con fuerza y más de la mitad de la cola saltó por los aires. Pero, sujeta en el lazo por la parte roma, no se hundió en el agua.

Inmediatamente, Jarbo empezó a nadar hacia atrás, de espaldas, con una sola mano. Hryna se precipitó a ayudarle a salir.

Cuando estuvo en terreno sólido, lanzó una mirada hacia el «schjack».

El gigantesco monstruo se había hundido por completo. Sólo emergían las cabezas, ya a un palmo del agua.

El animal terminó de hundirse bruscamente. Pareció como si más abajo hubiese un fondo aún menos espeso. Los últimos berridos quedaron cortados en seco.

Luego empezaron a subir burbujas a la superficie. Explotaron sordamente durante un tiempo interminable.

Jarbo se inclinó y recogió la cola, de la que había cortado más de dos metros. La parte afilada ofrecía un aspecto terrorífico.

—No me extraña que me cortase el brazo de un solo tajo —murmuró.

Luego se contempló a sí mismo y rió con fuerza.

—Estoy hecho un asco. Voy a ver si encuentro un lugar con agua limpia —dijo.

Un poco más adelante, hallaron un arroyuelo de aguas cristalinas. Jarbo se metió dentro sin vacilar.

En la orilla, Hryna empezó a quitarse el ceñidor de pieles. En pocos instantes quedó desnuda, esplendorosamente bella, radiante de hermosura, como una diosa pagana de la mitología terrestre.

Jarbo la contempló sorprendido. Ella entró lentamente en el agua, muy despacio, deliberadamente provocativa.

Pero no ocurrió nada. Jarbo no sintió la menor excitación:

Y notó que una gran preocupación invadía su ánimo, por que siempre había sido un hombre normal y nunca se había visto en el caso de sentir indiferencia hacia una mujer atractiva y que, además, como Hryna, estuviese deseosa de ofrecérsele.

La joven también sintió una gran decepción. Tendría que emplear otros procedimientos, se dijo.

—Pero, ¿cuáles? —murmuró para sí, ocultando valerosamente la frustración que la había invadido al darse cuenta de que sus atractivos

físicos no habían causado la menor emoción en el hombre.

* * *

El mar apareció casi de repente ante ellos, cuando remontaron la cresta de una colina. Era un océano extensísimo, cuyo final no se podía divisar.

A la derecha, divisaron una gran ciudad. La distancia, sin embargo, les impedía captar más detalles. Aún se hallaban a unos diez kilómetros.

—Esa debe de ser Wrjeddin —opinó Hryna.

Jarbo asintió.

—Empezaba a pensar que los habitantes de este país no sabían construir casas —dijo.

—Yo nunca he estado en ninguna de esas construcciones —declaró Hryna ingenuamente.

—No lo lamentes. A veces, se hace muy pesado, claro que en el mal tiempo, resulta conveniente tener un techo sobre la cabeza. Pero no tenemos prisa en llegar allí. He visto algo que...

Jarbo taloneó al caballo y descendieron la pendiente. Poco después, el joven se detuvo y saltó al suelo.

—Acamparemos aquí algunos días —dijo, pasado un buen rato.

—Ellos te esperan, Budd —le recordó Hryna.

—No me fijaron plazo para el regreso y, por otra parte, no me corre, prisa ser proclamado rey. Si voy a ejercer el cargo, quiero hacerlo con un mínimo de garantías.

—¿Has ideado algún plan?

—En cierto modo. El plan consiste en ponerse a trabajar inmediatamente, Hryna.

—Muy bien. Dime qué he de hacer.

—Lo primero de todo, reúne leña seca. Toda la que puedas; no pienses en ningún momento que hay suficiente.

—Perfectamente.

Jarbo empezó a escabar el suelo. Hryna no comprendía sus intenciones, pero confiaba ciegamente en él.

Transcurrió una semana. Al término de este plazo, Jarbo le enseñó un montón de polvo negro.

—No me gusta —dijo—. Voy a corromper este planeta, pero, tarde o temprano, alguien lo habría hecho.

—¿Qué es eso? —preguntó Hryna, terriblemente intrigada.

—Ahora lo sabrás.

En el curso de los trabajos, Jarbo había fabricado con barro algunos cilindros huecos, de unos diez centímetros de largo por la mitad de diámetro, cerrados completamente por ambos extremos, salvo en uno de ellos que había dejado un pequeño orificio.

La tapa que tenía hecho el agujero era desmontable. Jarbo la quitó, llenó el tubo con aquel polvo negro, lo apretó suave, pero firmemente, y luego colocó la tapa nuevamente.

A continuación, colocó un trozo de tira de fibra, con la que había envuelto cierta cantidad de polvo negro. Llevó el conjunto a unos cincuenta metros de distancia y lo dejó en el suelo.

—¡Hryna, trae una rama encendida!

Ella corrió en el acto, con un palo ardiendo. Jarbo señaló el extremo de la tira de fibra.

—Pégale fuego.

Hryna obedeció. Inmediatamente, vio salir un humo blanco y oyó un fuerte siseo.

—!Ven, corre!

Ella le siguió, sin comprender lo que iba a suceder. Un poco más lejos, Jarbo se tendió en el suelo y la obligó a echarse a su lado.

Repentinamente, se vio brotar una colosal nube de humo y polvo, a la vez que sonaba un fortísimo estampido. Hryna se sintió aterrorizada.

—¿Qué magia es ésa, Budd?

Jarbo sonrió.

—El nombre de la magia es pólvora, una sustancia que se conoce en mi país —no quiso decir planeta—, desde hace muchísimos cientos de años. Si hubieses estado al lado, en el momento de la explosión, te habría destrozado.

—Entonces, eso… mata.

—Pero también protege y yo no quiero correr riesgos inútiles en mi reino.

De repente, ella se sentó en el suelo.

—Budd, contéstame a una cosa —pidió.

—Sí, lo que quieras.

—Eres un hombre. ¿No te has sentido jamás atraído por las mujeres?

Jarbo se puso serio.

—Sí, claro, muchísimas veces… y todo funcionó con normalidad…

Serian muy hermosas, supongo.

—En general, eran jóvenes y ninguna mujer joven es fea.

—¿No me encuentras atractiva?

Hubo un momento de silencio. Luego, Jarbo, terriblemente desazonado, se puso en pie.

—Hryna, por favor, no hables más de este asunto. Ignoro las causas, no lo sé, no consigo explicármelo… pero jamás me había pasado una cosa semejante. Te miro y te veo hermosa, enormemente atractiva, totalmente deseable… y, sin embargo, no siento hacia ti el menor deseo sensual. —Se tocó la frente con el índice—. Supongo que debe de ser algo que me pasa aquí adentro, alguna especie de defecto psíquico… y quizá logre vencerlo algún día, pero, hoy por hoy, y aunque me cueste muchísimo admitirlo, me siento absolutamente impotente. En resumen, al menos en estos momentos, el sexo, para mí, no existe.

Se pregunto si la noche pasada con Adzira había tenido algo que ver con su frigidez. Pero no se sentía capaz de encontrar la respuesta.

Hryna sonrió con dulzura.

—Se te pasará y un día serás de nuevo hombre, en toda la

extensión de la palabra —aseguró.

Jarbo hizo un esfuerzo por sonreír también.

—Eso espero —contestó. Lanzó un suspiro y añadió—: Bien, vamos a seguir con la tarea.

—¿Piensas fabricar más polov... palov...?

El joven rió alegremente.

—Pólvora —deletreó—. Sí, es preciso fabricar unos cuantos kilos más.

—Muy bien, manos a la obra, Budd.

* * *

Jarbo caminaba a pie, llevando el caballo de la brida. Su peso había sido sustituido por dos recipientes de barro cocido, cada uno de los cuales contenía unos treinta kilos de pólvora.

Además, en una bolsa hecha de fibras vegetales, llevaba unas cuantas bombas y un buen rollo de mecha. La pólvora, se dijo, afianzaría su poder como rey en Wrjeddin.

Caminaban a poca distancia de la costa. Cuando estaban a un par de kilómetros de la ciudad. Hryna vio algo que la hizo lanzar un grito:

—¡Budd, mira!

Jarbo volvió la cabeza y se quedó estupefacto, al ver la flota de naves que se acercaban velozmente a la ciudad. Empezó a pensar que los nativos estaban más adelantados de lo que había supuesto hasta entonces. Por lo menos, no todos eran como los que habían intentado matar a la maga, empleando a Hryna como cebo.

Las naves eran de forma alargada y estrecha y tenían solamente un mástil, en el cual no se apreciaban velas de ninguna clase. Tenían un vago parecido con las galeras romanas de la Tierra, aunque sus líneas eran más estilizadas y con mejor hidrodinámica. Jarbo no vio ningún humo que revelase la existencia de algún motor y se preguntó qué medios empleaban sus tripulantes para mover aquellas naves, cuya velocidad calculó en muy próxima a los veinte nudos.

Habría unas cincuenta naves y todas, apreció, llevaban gran número de tripulantes. Un millar por buque, al menos, lo que daba un

total de cincuenta mil hombres. Si era una flota desembarco, no cabía duda de que Wrjeddin iba a pasar por unos momentos muy críticos.

Adelantaron otros mil metros más y se detuvieron al borde de un acantilado que se alzaba a unos treinta metros sobre el nivel de las aguas. Frente a la ciudad, había un puerto artificial, con dos largos espigones que parecían las mandíbulas de un gigantesco animal.

El puerto estaba completamente vacío. La ciudad formaba una especie de semicírculo a su alrededor y sus edificios estaban protegidos por una gruesa muralla, sobre la cual pudo divisar numerosos hombres que se aprestaban a la defensa.

—Parece ser que la noticia de la muerte del «schjack» gigante ha llegado ya a Umdra —comentó él.

—Es posible. Hemos pasado demasiados días antes de venir aquí —contestó Hryna.

Los umdranitas ya no tenían al monstruo como aliado y habían decidido pasar al ataque directamente. Era fácil apreciar el progreso de la flota de ataque, que se hallaba ya a menos de dos mil metros de la costa.

Repentinamente, se abrió una puerta en la muralla y un nutrido grupo de jinetes galopó en aquella dirección. Detrás de ellos iban un par de carros de enormes dimensiones, portadores de unos bultos cilíndricos, que tenían aspecto de barriles y cuyo contenido resultaba desconocido para Jarbo.

En pocos minutos, los jinetes llegaron a la parte superior del acantilado. Los carros se movían con una velocidad inferior y tardarían más tiempo en situarse en aquel punto. Entonces, Jarbo reconoció a uno de los jinetes.

El hombre le reconoció también y corrió a su encuentro.

—Estoy seguro de que has dado muerte al «schjack» gigante —exclamó.

Jarbo sonrió y descolgó del caballo la cola cortante, que enseñó con gesto orgulloso.

—Aquí tienes la prueba —exclamó.

El guerrero le contempló con admiración.

—Eres un hombre valeroso —dijo—, Pero no creo que ni tu valor

ni tu fuerza sirvan para evitarnos la derrota —añadió con acento lleno de pesimismo, a la vez que señalaba la flota de invasión que estaba ya a menos de mil quinientos metros de distancia.

CAPITULO VII

Jarbo volvió los ojos un momento hacia el mar. Cuatro naves se habían separado del grueso de la flota y navegaban hacia aquel lugar. Al pie del acantilado, un poco a retaguardia, había una playa que parecía un lugar muy apropiado para un desembarco. Otra flotilla análoga realizaba una operación semejante en el lado opuesto de la costa.

—Está claro que pretenden desembarcar cierto número de guerreros, para atacar por retaguardia —dijo—. ¿Qué armas tenéis para rechazarlos, Form Gaffel?

Gaffel señaló los carros que se acercaban

—Arcos muy potentes y flechas que mojaremos en un líquido combustible. De este modo, trataremos de incendiar las naves, antes de que se acerquen a la costa.

Los carros estaban ya en la explanada superior. Jarbo se acercó al primero de los vehículos y examinó el contenido de uno de los recipientes. El olor de aquel líquido negruzco, con reflejos irisados, era inconfundible.

—¡Form! —llamó.

El jinete acudió en el acto.

—Estoy a tus órdenes, Budd —dijo.

—¿Hay más líquido en la ciudad?

—Sí, tenemos unos cuantos cientos de barriles...

—Necesito un mensajero. He de darle instrucciones para el regente Volb.

—Sí, ahora mismo.

Momentos después, un jinete partía a escape hacia la ciudad. Los demás empezaron a proveerse de arcos y flechas que tenían en la punta un puñado de trapos empapados en petróleo.

—Hryna —llamó el joven.

La chica corrió hacia él.

—¿Budd?

Necesito que me ayudes. También necesitaré de tu puntería. Tú eres mucho mejor tiradora que yo.

—Está bien.

Gaffel contemplaba las operaciones que realizaba Jarbo con ojos llenos de curiosidad. De pronto, sonó un grito:

—¡Los umdranitas están llegando ya!

—¡Disparad una descarga de flechas incendiarias! —ordenó Jarbo.

Los soldados se dispusieron en una larga fila, situándose al borde del acantilado. A una voz de mando, cien flechas partieron al mismo tiempo, dejando en el aire largas estelas de humo azulado.

Muchas se perdieron inofensivamente en el agua. Otras cayeron a bordo de las naves, que ya refrenaban su marcha, pero la mayoría fueron apagadas por sus tripulantes. Mientras, Jarbo y Hryna continuaban sus preparativos.

Al cabo de unos momentos, Jarbo dio una palmada en la desnuda espalda de la joven.

—Demuestra tu puntería —dijo.

Hryna sopesó el arco, mucho mayor que el que ella utilizaba habitualmente. La flecha era asimismo más larga y pesada, pero largos meses de permanencia al aire libre y de continuo ejercicio había desarrollado eficazmente su musculatura. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Estoy lista, Budd.

Gaffel y los otros les miraban sorprendidos. Jarbo arrimó la llama de una antorcha a la mecha de la bomba que habían atado a la flecha.

Hryna tensó el arco al máximo. Luego soltó la cuerda.

La flecha partió con terrible ímpetu, describió una prolongada parábola en el aire y cayó sobre la cubierta de uno de los barcos. Inmediatamente, se produjo una aterradora explosión.

Grandes trozos de madera saltaron por los aires. En la cubierta de la nave se produjo una enorme confusión.

—Otra, Hryna —dijo él.

Hryna se preparó para el segundo disparo.

—Algo más bajo, pero no más corto —indicó Jarbo.

—Sí, Budd.

La segunda bomba partió raudamente. Jarbo vio a la flecha llegar inclinada al costado del buque. Como no se había desprovisto de su punta, se clavó profundamente en la madera, a menos de un metro del agua. Cuando se produjo la explosión, el casco resultó con un agujero que medía más de dos metros de anchura.

El agua se precipitó a torrentes por aquel orificio. Gaffel y los suyos prorrumpieron en gritos de alegría.

Las otras naves estaban a punto de tocar la playa y dieron marcha atrás inmediatamente.

—Form, envíales una nube de flechas incendiarias, —ordenó el joven.

—¿Disparo otra con pólvora? —consultó Hryna.

—No. Tenemos poco explosivo y nos costaría mucho fabricarlo de nuevo. Conviene que lo ahorremos para los momentos más críticos.

Los defensores de la ciudad disparaban flechas incendiarias constantemente. Gaffel demostró ser un excelente táctico y ordenó que los proyectiles se concentrasen en una sola nave. Eran demasiados y los tripulantes no pudieron apagarlos todos. A los pocos momentos, el barco ardía en pompa y los hombres que viajaban en él empezaron a arrojarse al agua.

El primero estaba ya casi hundido. Los náufragos nadaban furiosamente hacia los otros dos barcos. Fue un detalle que extrañó al joven.

—No tiene nada de extraño. Saben que, si los capturamos, no sobrevivirán —dijo Gaffel ceñudamente.

Al otro lado de la ciudad, el desembarco parecía que iba a tener éxito. Pero, de pronto, los defensores consiguieron incendiar una nave y las otras, temiendo sus capitanes correr la misma suerte, dieron marcha atrás y se alejaron de la costa lo suficiente para no mantener ya los efectos de los proyectiles incendiarios.

—Bueno —dijo Jarbo, satisfecho—, parece que el primer intento de desembarco puede considerarse rechazado.

—No estés tan seguro —exclamó Gaffel, a la vez que tendía el brazo hacia el puerto—. ¡Mira, Budd!

Jarbo hizo lo que le decían y se sintió terriblemente preocupado.

* * *

Una docena de naves avanzaban velozmente hacia el puerto, en doble columna de fila. Si había mil hombres en cada embarcación y se descontaban unos trescientos de tripulación, aún restaban más de ocho mil para lanzar el primer y más devastador ataque contra el centro de la ciudad.

Allí las murallas eran más débiles, puesto que contaban con la protección del puerto, cosa que no sucedía en la parte de tierra. Ocho mil nombres bien armados y decididos a todo podían desequilibrar la balanza con resultados catastróficos para Wrjeddin.

—A menos que Volb haya seguido mis instrucciones —murmuró.

Pateó el suelo por no disponer de un catalejo y se prometió que lo primero que haría, apenas hubiese terminado la batalla, sería fabricarse el par de lentes que estimaba mínimamente para el aparato óptico. Pero ahora, tenía que contentarse con seguir la batalla a ojo desnudo.

Las naves penetraron en perfecto orden en el puerto. Jarbo admiró su facilidad de maniobra, la pericia de los capitanes y la disciplina de las tripulaciones. Una vez en el puerto, ejecutaron una maniobra que, sin duda, tenían ensayada de antemano, y se abrieron en un doble abanico, a fin de proceder al atraque en los muelles y el consiguiente desembarco de las tropas de asalto.

En aquel momento, alguien arrojó una antorcha encendida al agua.

La antorcha no sólo no se apagó, sino que provocó un incendio que se propagó rapidísimamente. En menos de treinta segundos, el puerto era un mar de llamas en el que ardían las doce naves.

Jarbo sonrió satisfecho. Volb había realizado su idea, arrojando al agua el contenido de cientos de barriles de petróleo. Ahora, las doce naves y sus tripulantes estaban en un infierno del cual les era imposible escapar.

Una espesísima nube de humo negro se elevó a las alturas. Duró mucho tiempo. Llegó la noche y aún no se había disipado.

* * *

Darm Volb y un nutrido grupo de guerreros salieron al encuentro de Jarbo y la muchacha. Jarbo enseñó la cola del «schjack» gigante.

—Eres nuestro rey —proclamó Volb—. Ven al palacio; tenemos todo dispuesto para celebrarlo.

Jarbo señaló las naves que aún se veían a prudente distancia de la costa.

—No han desistido todavía de desembarcar —dijo.

—No lo harán por la noche. Lo prohíben sus costumbres. Los guerreros de Umdra sólo pelean de día. Ven, no temas.

La ciudad estaba construida con sólidos bloques de piedra, de indudable antigüedad. Jarbo se dijo que, cuando pasaran los siglos y los habitantes de Wrjeddin hubiesen desaparecido por completo, la ciudad continuaría en su emplazamiento durante quizá miles de años más.

En el palacio fueron agasajados con los máximos honores. Jarbo y la muchacha fueron conducidos a unos suntuosos apartamentos, en donde ya les esperaban ropas limpias y algo de alimento. Volb les acompañó hasta la puerta.

—Luego vendré a buscaros para que estéis presentes en el banquete de bienvenida —dijo.

Jarbo levantó una mano.

—Espera un momento, por favor —rogó—. Dices que los hombres de Umdra no atacarán por esta noche. Sin duda, volverán a intentar el desembarco por la mañana.

—Es casi seguro, pero ahora estamos mejor preparados. Tú nos guiarás al combate y los derrotaremos...

—Darm, han muerto miles de soldados. No me gustaría ser autor de otra matanza.

—Ellos no cederán, Budd —aseguró Volb.

—Sí, es posible, pero, ¿no habría modo de parlamentar con el rey,

jefe o como se llame el mandamás de los umdronitas?

—¿Conversaciones de paz? ¡No nos hemos rendido aún!

—Lo sé, pero me gustaría evitar más derramamiento de sangre. ¿No me está permitido enviar un mensajero?

—Desde luego —respondió Vold—. ¿Cuál es tu mensaje?

—Quiero reunirme con el jefazo de Umdra… ¿Sabes cómo se llama?

—Sí, Thorgon, «El Feroz». Su almirante es Kena. «la Tigresa».

—Ah, una mujer.

—Thorgon es poco más que una figura decorativa, pese al sobrenombre Kena es la que manda realmente. Querría convertirse en reina, pero las leyes umdranitas le impiden casarse con Thorgon.

—Entiendo. Bueno, el mensajero debe anunciar mis propósitos de reunirme con Thorgon y, si es necesario, también con Kena, para entablar conversaciones de paz. De su respuesta, deduciremos nuestra reacción. ¿Entendido?

Volb se inclinó profundamente.

—Así se hará, mi señor —contestó.

Jarbo y Hryna quedaron a solas. El joven tenía hambre y comió algo de fruta. «Nick», fatigado al parecer, se acurrucó en el suelo.

—¿Qué opinas, Hryna? —preguntó él.

—Ten cuidado. La traición acecha —respondió la muchacha dramáticamente.

—¿Traición? ¿Cómo puedes asegurar…?

Ella se puso una mano en la frente.

—No me preguntes. Es una sensación que me ha acometido apenas entramos en este palacio. No puedo desprenderme de ella, por más que lo intento. Ten cuidado, Budd —insistió.

—Está bien, procuraré mantener los ojos abiertos en todo momento.

Jarbo avanzó unos pasos y descorrió unas cortinas que había al fondo de la estancia. Entonces vio algo que le hizo lanzar una

exclamación de alegría.

—Bien, al menos, podremos bañarnos antes de la cena —dijo, al borde de la enorme bañera circular que había en la otra estancia, llena de agua casi hasta el borde y que parecía una pequeña piscina.

Hryna se desvistió y entró en el agua. Ya estaba acostumbrada a la falta de reacción de Jarbo al verla desnuda. Se preguntó si era una enfermedad que podía prolongarse durante toda la existencia del joven…

CAPITULO VIII

Había un enorme comedor en el palacio y estaba lleno de personas de ambos sexos, lujosamente ataviados unos y otras La mesa, gigantesca, de casi cincuenta metros de largo en cada una de sus dos ramas, ya que formaban una U, estaba rebosante de viandas de todas clases.

—Al menos, no pasan estrecheces por ahora —murmuró Jarbo, al hacer su entrada con la mano de Hryna en la suya.

El vestía ahora una especie de pantalones ajustados y camisa holgada. Hryna se había ataviado con una túnica de amplios vuelos, larga hasta los pies. Era evidente su falta de costumbre en vestir una prenda semejante.

Un sonoro clamor se alzó al verlos hacer su entrada en el gran salón. Volb salió a recibirles, impuso silencio y pronunció un breve discurso de salutación y acatamiento al nuevo rey. Jarbo lo agradeció con pocas, pero sentidas palabras y dijo que su único afán era conseguir la paz y la felicidad para todos los habitantes de Wrjeddin.

Alguien, que parecía actuar como un jefe de protocolo, distribuyó los puestos. Naturalmente, Jarbo ocupó el de honor. A su derecha se sentó una rubia imponente, de rotundos senos y mirada llena de fuego, quien dijo llamarse Asfya y pertenecer a una de las más nobles familias de Wrjeddin

Hryna estaba en otro lugar de la mesa y lanzaba continuas miradas hacia el joven. Tenía a su lado a un hombre muy apuesto, que la galanteaba constantemente, pero apenas si le hacía caso.

Asfya parecía intentar la conquista de Jarbo. El vestido que llevaba era sumamente escotado y ella daba la sensación de sentirse muy orgullosa de sus encantos físicos, que mostraba casi completamente, sin ningún recato.

En la cena se sirvió un vino muy fuerte. Pronto se caldearon los ánimos. Jarbo se sentía un tanto disgustado. Miles de hombres habían muerto aquel mismo día y, aunque enemigos, los atacados no parecían sentir ningún remordimiento y, menos aún, ninguna preocupación por su futuro.

La cena duró largo rato. Cuando terminó, Jarbo sintió necesidad

de tomar un poco de aire fresco

Había varias puertas en el salón, que daban a una larga galería corrida, situada en la parte más elevada del edificio. Este, a su vez, se hallaba en la cumbre de una colina, desde la que se divisaba una vista excepcional.

El puerto se hallaba a un kilómetro y medio de distancia. Más allá, se divisaban numerosas luces que se movían ligeramente en el mar. Las naves de Umdra continuaban en sus puestos, aguardando la llegada del nuevo día para reanudar el ataque.

De pronto, oyó pasos. Asfya se le acercó, con dos copas de vino en las manos.

—Permite que brinde a solas por el valiente que nos ha salvado de la destrucción —dijo sonriendo.

Jarbo tomó su copa y sonrió también.

—Será un placer, hermosa Asfya —contestó.

Asfya acercó su copa a los labios, rojos, palpitantes de vida. Jarbo hizo lo mismo

De pronto, captó un extraño chispazo en los ojos de la rubia. Parecía dominada por cierto sentimiento de ansiedad, a pesar de que se esforzaba en disimularlo al máximo.

En aquel instante, recordó la frase que había pronunciado Hryna a poco de su llegada. «Ten cuidado, la traición acecha».

Bajó la mano. Con la izquierda, se apoderó de la copa de Asfya. Luego le ofreció la suya.

—Bebe —dijo.

Ella retrocedió. El miedo asomó a sus pupilas.

—¡Bebe! —ordenó Jarbo perentoriamente.

Asfya tomó la copa, pero, bruscamente, arrojó su contenido al rostro del joven. Jarbo retrocedió, cegado a medias, mientras Asfya lanzaba un horrible chillido.

La mano de la rubia se introdujo en su seno y salió armada con un puñal. Jarbo vio el brillo del acero, a través del liquido rojo que aún enturbiaba su visión y movió la mano violentamente, para esquivar el golpe.

Al hacerlo, olvidó algo que casi se había borrado de su mente: la fuerza descomunal que poseía ahora. El golpe alcanzó a Asfya en el pecho y la arrojó hacia atrás con enorme violencia.

Ella gritó al sentirse proyectada hacia el parapeto. Chocó contra el borde, volteó y saltó al vacío, para estrellarse contra el suelo, a más de veinte metros de distancia.

Varias personas acudieron corriendo a los gritos de Asfya. Jarbo se asomó un instante y vio abajo el cuerpo inmóvil de la rubia.

—Señor, ¿qué ha pasado? —preguntó Volb.

— Asfya resultó ser una traidora —Jarbo se inclinó y re cogió su copa. Era de metal y estaba intacta, y aún contenía algunas gotas de líquido--- Contenía un veneno y cuando yo lo advertí, ella quiso apuñalarme.

Volb se inclinó y recogió el puñal.

—Asfya estuvo viviendo mucho tiempo en Umdra —dijo—. Fue la mujer de un nativo, cuando había paz entre los dos pueblos, pero luego enviudó y regresó a Wrjeddin. Kena es muy lista, infernalmente astuta, y enviaría espías para convencerla de que la ayudase en sus planes de conquista.

—Ya no cabe la menor duda, Volb —respondió Jarbo—. Pero el enemigo sigue ahí y, a menos que acepte mis proposiciones, tendremos que luchar de nuevo.

—Hemos sido injustamente atacados —declaró Volb orgullosamente—. No podemos entregarnos, sabiendo que los umdronitas persiguen nuestro exterminio total.

—Lucharemos, si no acceden a la paz —aseguró el joven.

Hryna se le acercó y puso una mano en su brazo, a la vez que le miraba intensamente.

—Hiciste caso de mi advertencia —murmuró.

Jarbo acarició suavemente sus cabellos.

—Tus presentimientos resultaron ciertos, por desgracia —contestó.

En aquel momento, sonaron unos fuertes gritos. Jarbo y Hryna se precipitaron hacia el salón.

Gaffel apareció llevando un bulto envuelto en tela, del que

escurrían algunas sospechosas gotas de un líquido de color rojizo.

—El mensajero ha vuelto —dijo, con acento lleno de dramatismo.

Abrió la tela y una cabeza humana, separada de su tronco, rodó por el suelo. Las mujeres chillaron, espantadas.

Jarbo procuró mantener la serenidad.

—Parece que Umdra no quiere paz —dijo—. Está bien, si no quiere paz, tendrá guerra. Volb, vamos a prepararnos debidamente para el siguiente asalto.

—Te obedezco, mi señor —contestó el guerrero.

—Iré contigo, dondequiera que vayas —dijo Hryna.

Jarbo sonrió y asió suavemente su brazo.

—No permitiría que te separases de mí —murmuró.

* * *

La flota invasora permanecía inmóvil, formando un extenso semicírculo frente a la costa y a un kilómetro de distancia. Jarbo contó las naves. Ahora había treinta y siete.

—¿Por qué no atacan? —preguntó.

—Han sufrido muchas bajas. Estarán curando a sus heridos y, posiblemente, Kena esté discutiendo los planes de ataque con sus oficiales.

—¿Y Thargon?

Volb sonrió burlonamente.

—Tanto daría que asistiese en efigie al consejo de guerra —contestó—, Tiene la autoridad nominal, pero manda me nos que mi suegra en mi casa.

—La suegra, a veces, manda más que el marido —dijo Jarbo con acento socarrón.

—La mía no, está muerta.

—Los dos hombres soltaron una fuerte carcajada. Luego, Jarbo hizo una pregunta:

—¿Es posible saber cuál es el buque insignia de la flota?

—Míralo —contestó Volb, a la vez que tendía el brazo.

Era un barco aparentemente igual a los demás, pero tenía el casco pintado de oro y en su mástil flotaba una gran bandera roja, con unos extraños dibujos, imposibles de distinguir a tanta distancia. Sin embargo, Jarbo apreció un detalle que le hizo sentirse sumamente pensativo.

—Todas las anclas de la flota han sido fondeadas. Es posible que no ataquen hoy —dijo.

—Quizá. Tal vez estén revisando el armamento y dando instrucciones a los diferentes grupos de asalto. Acaso llegaron sin un plan demasiado estudiado, confiando en que nos derrotarían a la primera embestida, pero el tropiezo que han sufrido les obliga a meditar bien el plan de su siguiente ataque.

—Es lo mismo que yo pienso, y si no atacan hoy, muy posiblemente no lo hagan ya mañana —respondió Jarbo—. Darm ven conmigo; tenemos que discutir una idea que se me ha ocurrido y necesito de tu consejo.

—Soy tu obediente servidor, mi rey —contestó Volb.

Hryna estaba en la habitación contigua y les entregó sendas copas de vino. Jarbo tomó algunos tragos. Luego miró al nativo.

—Darm, ¿sabes si encontraré algunos buenos nadadores entre tus guerreros?

—Son «tus» guerreros, señor —sonrió Volb—. Todos ellos te reconocen como rey y obedecerán gustosos cualquier orden que des.

—Gracias. Bien, ¿qué me contestas?

—¿Cuántos nadadores necesitas?

Jarbo meditó un instante.

—Cuatro parejas —respondió al cabo—. Mi idea se basa en el ataque por sorpresa de una fuerza mínima y en puntos dispersos, a fin de crear la alarma entre los atacantes. Por mi parte, yo me encargaré de la nave insignia y del comandante en jefe de Umdra.

—¿He de ir a buscar a los nadadores ahora mismo, señor?

—Sin perder más tiempo que el imprescindible, Darm —contestó el joven.

Volb se retiró tras una profunda inclinación. Jarbo y Hryna quedaron a solas unos momentos.

—¿Cuál es tu plan? —inquirió ella.

Jarbo se lo explicó. Hryna se sentía un tanto recelosa.

—¿Resultará?

—Eso espero. He podido observar una cosa, Hryna. En Zehitar, las acciones de los hombres en guerra, dependen mucho de su jefe, como sucedió con los salvajes que te habían capturado. Aquí, a mi llegada, la moral ha subido enormemente. Tengo la impresión de que, si no hubiese llegado yo, y no es modestia, Wrjeddin se habría rendido muy pronto,

Ella sonrió.

—Ojalá sea como dices. Bien, supongamos que derrotas a los umdranitas. ¿Qué harás después?

—Iré a conquistar su nación. Debo hacerlo, si quiero convertirme en el rey de Zehitar.

—¿Lo deseas?

—Es mi destino.

Hubo un instante de silencio. Luego, inesperadamente, Hryna abrazó al joven.

—Me gustaría ir contigo, pero sé que no me lo vas a permitir. Ten cuidado y regresa. No sabría vivir sin ti —dijo ardientemente.

Jarbo sonrió, a la vez que acariciaba sus cabellos.

—Hryna, ¿me amas, a pesar de que no reacciono como un hombre?

Ella elevó los ojos y le miró intensamente.

—Ahora eres indiferente a... eso, y quizá sea mejor así; te impediría actuar como tienes que hacerlo, Pero tengo la seguridad de que un día volverás a ser lo que eras en ese aspecto y sembrarás en mi la semilla de un hijo.

Jarbo la besó suavemente.

—Yo también lo espero así —contestó.

CAPITULO IX

Nadaba suavemente, sin hacer el menor ruido. Las aguas estaban muy tranquilas y apenas había oleaje, lo que había facilitado su tarea. Sin embargo, empezaba a sentirse fatigado.

Había tenido que dar un enorme rodeo, para llegar por retaguardia a la línea de barcos enemigos. Los vigías estarían observando continuamente la costa y cuanto de ello pudiera provenir. Jarbo tenía la seguridad de que no esperaban un asalto por la espalda.

Llegó a una de las naves y se detuvieron unos momentos, para recobrar el aliento, agarrándose a un cabo que pendía de la borda. Era preciso reconocer que aquellos barcos eran una magnífica muestra de una arquitectura naval sumamente avanzada. «Pero, ¿cómo diablos se mueven?», se preguntó, perplejo.

No había visto el menor rastro de humo, ni siquiera la tenue humareda que podría desprender un motor de combustión interna. Tampoco parecía que fuese la electricidad el elemento motor de los buques. Entonces, ¿qué? se dijo, tremendamente intrigado.

Pronto lo sabría. La nave insignia estaba ya a pocos cientos de metros. Brillaba como un ascua de oro en la noche y había en ella más luces que en los restantes navíos de la flota. Volvió la mirada al cielo. Había dos estrellas muy juntas, que se acercaban al horizonte. Cuando hubieran desaparecido, sería la hora de iniciar el asalto.

Tenía unos veinte minutos. Las cuatro parejas actuarían al mismo tiempo, guiándose por el punto de referencia que era la estrella doble. Así lo habían convenido en el momento de discutir el plan de ataque.

Sujeto a la espalda y envuelto en tela impermeable, llevaba un bulto. Cuando se sintió más descansado, reanudó el avance.

A bordo de los buques reinaba un silencio total. La mayoría de los centinelas estarían dormidos o poco menos. En cuanto a las tripulaciones, se encontrarían en el período de descanso, a fin de reunir fuerzas para el siguiente asalto.

—No les daremos tiempo —murmuró.

Al fin, llegó a la nave dorada. Escuchó unos momentos. Todo parecía normal a bordo. Vio un cabo que pendía de la borda, lo agarró y empezó a trepar.

Iba casi desnudo, excepto por un ceñidor que rodeaba sus caderas, en torno a las cuales llevaba, además, el cinturón con la poderosa espada que había pertenecido a Kor Dval, no podía asaltar la nave confiando solamente en la fortaleza de sus músculos.

Alcanzó la borda y miró por encima. A seis o siete metros, un centinela dormitaba, apoyado en un mamparo. Jarbo saltó a la cubierta y sus pies no hicieron el menor ruido al tocar la tablazón.

El centinela no se había percatado de su presencia. Jarbo le golpeó con el puño en una sien, derribándolo fulminado, luego lo arrastró detrás de un montón de cajas.

El único palo de la nave estaba a poca distancia y de él pendían unas cuantas lámparas alimentadas con aceite. Cerca de su base se divisaba una escotilla que permitía el acceso al interior del buque. Al asomarse, vio la escalera que conducía a la cubierta inferior.

De pronto, reparó en un detalle singular.

Los buques eran grandes, pero no exageradamente. Le parecía que sus dimensiones eran muy exiguas para transportar un millar de hombres, porque, además, debía tener en cuenta que también era preciso el transporte de las armas, equipo y provisiones. ¿Dónde se metían mil nombres en un barco que, aparentemente, no tenía cabida más que para tres centenares y, aún así, muy apretados?

La cubierta inferior estaba alumbrada por algunas lámparas colgadas de los mamparos del corredor. Vio algunas puertas cerradas, pero no le interesó lo que había al otro lado. Su objetivo estaba mucho más abajo, en la quilla, si era posible.

Encontró otra escalera y bajó a la segunda cubierta. Entonces vio algo que le hizo creer que soñaba.

Aquella cubierta era corrida por completo, pero tenía numerosas estanterías en hileras que llegaban desde el suelo al techo, unos seis metros de distancia en total. Los estantes formaban enormes hileras que iban de proa a popa y el espacio que había entre cada estante y el siguiente era escasamente de medio metro.

Jarbo contó no menos de doce estantes por hilera y todos ellos estaban ocupados por un hombre.

—Esto es una inmensa lata de sardinas —exclamó, sin poder contener su asombro.

Los tripulantes, marineros y soldados, estaban literalmente

apilados unos encima de otros y también en sentido horizontal. De este modo, en un espacio relativamente reducido, podían alojarse cientos y cientos de tripulantes.

—Pero, ¿cómo diablos no protestan?

Se imaginó que la disciplina lógica en un ejército les impediría protestar, pero siempre habría alguno que quisiera un trato mejor para sus hombres. Sin embargo, nada de eso parecía suceder allí.

Los soldados dormían completamente equipados, con las armas a punto. De repente, Jarbo se sintió invadido por una horrible sospecha.

Acercándose a uno de los durmientes, lo sacudió con fuerza. Era una acción arriesgada, pero presintió que no iba a suceder nada.

El soldado permaneció inmóvil. Jarbo vio que respiraba normalmente. Pero estaba dormido por completo, con un sueño que, adivinó, no era natural.

Alguien ejercía un diabólico poder sobre todos aquellos hombres. Jarbo se sintió espantado al comprender la enormidad de aquella potencia que no parecía provenir de un ser humano. ¿Quién dominaba a cincuenta mil seres humanos como si fuesen simples muñecos?

Pero no podía perder más tiempo en especulaciones. Vio una escotilla en el centro y se precipitó a través del hueco.

Entonces, al llegar a la cubierta inferior, vio que había alcanzado la sala de máquinas.

* * *

Había un espacio inmenso, con una batería de enormes ruedas y poleas, que componían una serie de engranajes, muy hábilmente diseñados y mejor ejecutados, los cuales movían un grueso eje que se perdía al fondo, hacia popa. Jarbo movió la cabeza admirativamente. Ahora ya sabía qué fuerza era la que propulsaba aquellos buques.

Sencillamente, era fuerza humana. Un largo conjunto de ruedas, en serie, con los soportes adecuados, disponían de grandes manivelas, cada una de las cuales, calculó, debía ser manejada por tres hombres a la vez.

—Los sustitutos de los antiguos remeros de las galeras —murmuró.

Había unas cincuenta ruedas, de modo que, contando son seis hombres por rueda, a ambos lados de la misma, eran trescientos los

remeros que hacían moverse la embarcación. Posiblemente, alcanzaría una buena velocidad; tenía unas líneas hidrodinámicas muy afinadas y, si el diámetro de la hélice era el adecuado, el barco podía llegar, estimó, a los veinte nudos horarios.

Pero era hora ya de ejecutar el plan. Vio una trampilla cerrada, la levantó y entonces supo que estaba en la sobrequilla.

El pantoque se hallaba a un par de metros. Agarró una lámpara, saltó al fondo y se quitó el bulto que llevaba a la espalda.

Había fabricado unos sesenta kilos de pólvora, aparte de la utilizada en las bombas lanzadas con las flechas, y al repartirla, cada bomba tenía doce kilos aproximadamente de explosivo. Puso el barril que había construido apresurada mente en Wrjeddin sobre la quilla, que estaba ya en contacto directo con el agua, extendió la mecha y la prendió fuego inmediatamente con la llama de la lámpara.

Cada mecha —habían realizado diversas pruebas, a fin de calcular su duración—, provocaría la explosión al cabo de unos quince minutos. Era tiempo más que suficiente para alejarse de la nave. Cinco explosiones, sonando simultáneamente en otros tantos puntos de la flota, podían herir gravemente la moral de los invasores, quienes no podrían saber que ya no había más pólvora por el momento.

Pero pensarían que podían ser hundidas más naves y emprenderían la retirada. Sobre todo, cuando supieran que el buque insignia había saltado por los aires.

Vio que la mecha ardía satisfactoriamente y se precipitó escaleras arriba, para ganar la cubierta.

En pocos segundos, atravesó la sala de máquinas, el alojamiento de la tripulación, la primera cubierta y, al fin, llegó al exterior.

Entonces, atónito, oyó la voz de una mujer que profería una clamorosa oración:

—¡Despertad, mis soldados! ¡Despertad y preparaos para el ataque, pues ha llegado el momento de conquistar la ciudad que nos proporcionará un buen botín! !Despertad, soldados, despertad, marineros! ¡Yo, Kena, os lo ordeno!

Jarbo se sintió lleno de estupor al oír aquella extraña invocación, pero su asombro subió de punto al percibir una voz quejumbrosa, chillona y aflautada, que, sin embargo, procedía de una garganta masculina.

—Kena, ¿era necesario que madrugásemos tanto? Con lo bien que yo estaba durmiendo…

* * *

La luz del día empezaba a hacerse notar. Jarbo vio entonces una extraña pareja a pocos pasos de distancia.

Era ella muy alta, más incluso que él, tremendamente musculosa y con una áspera cabellera rojiza, que parecían cerdas de paquidermo. Vestía una especie de coraza dorada, con peto para contener sus senos voluminosos, y pendiente del costado izquierdo se veía la empuñadura de una espada.

El hombre era ridículamente bajo, una pelota con piernas, fofo y calvo. Jarbo adivinó inmediatamente que estaba en presencia de Thargon, el rey de Umdra, sarcástica e inmerecidamente apodado «El Feroz».

Ella tenía que ser Kena, «La Tigresa». Súbitamente, la mujer pareció notar su presencia y se revolvió con enorme rapidez.

Jarbo se atiesó. Ya no podía escapar sin lucha.

Kena le miró fijamente,

—Tú eres… Adivino tu identidad. Eres el hombre que ha conseguido infligirme la primera derrota de mi vida.

—Lo soy —contestó el joven—. Y te he derrotado, porque defiendo una causa justa.

—¿A qué has venido a mi barco?

—¿Tu barco? ¿No será mejor decir el barco del hombre que tienes al lado?

Kena rió desdeñosamente,

—Es sólo un pelele. Hace lo que yo quiero. Si mi sangre fuese noble, yo sería la reina.

—Por favor —dijo Thargon con su vocecilla de niño—, vamos a dejarnos de peleas. Yo soy un hombre pacifico…

—¡Calla, estúpido! —le apostrofó Kena—, ¿Cómo te llamas, extranjero?

—Budd —contestó Jarbo sencillamente.

—Tienes una espada. Yo también. Defiéndete, porque no voy a darte cuartel —dijo ella.

Jarbo puso la mano en el puño de su espada.

—Kena, ¿sabes lo que sucederá si te venzo?

—No me vencerás...

—Tienes ciertos poderes extraordinarios, que te permiten dominar las mentes de miles de personas al mismo tiempo Por eso has conseguido lanzarlos a una injusta guerra de conquista. Pero si te mato, como espero, esos hombres serán libres y pedirán la paz. Era lo que yo deseaba cuando te envié a un mensajero.

—Yo te envié también mi respuesta —se burló ella.

—Lo sé. Por eso te voy a derrotar.

—¿De veras? ¡Anda, saca tu espada!

Jarbo desenvainó. Kena hizo lo mismo.

Entonces ocurrió algo increíble.

La hoja de la espada de Kena flotaba en el aire, separada de la empuñadura. Kena movía su mano derecha, pero la hoja de la espada actuaba a distancia de la empuñadura, como si tuviese vida propia.

Jarbo paró con dificultad la primera estocada. Kena lanzó una estridente carcajada de burla.

Sí, aquella mujer tenía poderes extraordinarios y lo peor de todo era que los empleaba en el mal. Se comprendía fácilmente que Thargon fuese sólo un monigote que atacaba sus órdenes con ovejuna docilidad.

Durante unos momentos, Jarbo apenas si pudo hacer otra cosa que parar las estocadas que le dirigía Kena. Sin duda accionaba el acero con la fuerza de su mente. Era preciso por tanto, paralizar aquel potente cerebro.

Pero sus tímidos intentos de contraataque eran inexorablemente rechazados. Paso a paso, se vio constreñido a retroceder, hasta que sus hombros chocaron con la alta borda de la nave.

Kena rió satisfecha. Jarbo se dio cuenta de que ella se disponía a lanzar la estocada final.

En aquel instante, el relativo silencio del amanecer fue roto por una sonora explosión.

El estruendo se dispersó a lo largo de la atmósfera. Jarbo volvió la cabeza un instante y divisó una espesísima humareda, de la que brotaban fragmentos del buque volado por la explosión y que se hundía con enorme rapidez.

Kena volvió también la cabeza. Dos explosiones más sonaron muy seguidas. Jarbo se dijo que ya sólo tenia uno o dos minutos de tiempo como máxime.

Un horrible aullido brotó de los labios de aquella gigantesca mujer. Hirviendo de furia, proyectó la espada contra el terrestre, tensándola como si fuese un venablo de chispeante acero.

Jarbo esquivó el golpe, saltando a un lado. La espada se clavó profundamente en la borda.

Kena hizo un esfuerzo desesperado para desclavarla. Jarbo se percató de que ella había perdido por unos momentos su concentración mental y decidió aprovechar la ocasión, en el momento en que sonaba la cuarta explosión.

Su espada partió raudamente y se hundió a fondo en el tórax de Kena. Ella emitió un ronco aullido y, agarrando la empuñadura con ambas manos, trató de arrancarse la hoja que había atravesado su cuerpo por completo y asomaba su punta enrojecida por la espalda.

Pareció que iba a conseguirlo, pero Jarbo se dio cuenta de que ella continuaba aún consciente y saltó corno un tigre. Agarró la espada, dio un terrible lirón hacia atrás y la sacó del cuerpo de Kena.

Ella le dirigió una horrible mirada. Por un momento, Jarbo se sintió protagonista de una de las leyendas mitológicas de la antigüedad terrestre. Kena era Medusa, la deidad infernal que petrificaba a los hombres con su sola mirada.

Pero las fuerzas de la arpía estaban ya muy disminuidas. Jarbo hizo un esfuerzo supremo y movió la espada horizontal mente, con toda la potencia de sus brazos.

El último alarido de Kena quedó cortado bruscamente cuando su cabeza saltó por los aires, mientras dos enormes surtidores rojos brotaban de su cuello amputado A pocos pasos de distancia, Thargon se puso a saltar, riendo entupidamente, como si aquel horrible espectáculo fuese una maravillosa diversión para él.

—Y, probablemente, lo es —se dijo, mientras saltaba por la borda

Ya no podía perder más tiempo. En el agua, envainó la espada y luego nadó con todas sus fuerzas. A cien metros escasos, se produjo la explosión.

Volvió la cabeza. En la nave todo era confusión y desconcierto. Jarbo pudo ver que el buque se hundía perpendicularmente, sin estremecimientos, con absoluta tranquilidad. Abajo, en la quilla de pantoque, pensó, debía de haber una vía de agua de cuatro o cinco metros de extensión.

Nadie le impidió llegar a la costa. Cuando se acercaba a la orilla, vio a Hryna que corría anhelantemente hacia él.

CAPITULO X

Darm Volb se sentía enormemente satisfecho.

—Nadie hubiese logrado una victoria como la tuya, mi señor —dijo—. Durante centurias, se hablará de tu valor, tu fuerza y tu inteligencia, y nadie pondrá en duda que eres el hombre apropiado para gobernarnos.

Jarbo sonrió.

—Gracias, mi buen Darm, pero sólo hice lo que debía —contestó—. Por cierto, tengo entendido que una comisión de oficiales de Umdra ha solicitado audiencia.

—En efecto, así es, señor. Están afuera y sólo aguardan tu venia para entrar y... Bien, creo que será mejor que lo escuches de sus propios labios.

Jarbo hizo un ademán.

—Hazlos pasar —accedió.

Hryna estaba sentada a su lado. Jarbo se volvió para mirarla.

—¿Qué te parece el papel de reina? —preguntó.

—Sólo tiene un defecto —contestó ella intencionadamente.

—Desaparecerá —aseguró Jarbo—. Sólo es necesario un poco de paciencia. Creo que... no pasará mucho tiempo sin que yo vuelva a la normalidad.

Lo presentía. Pero, ¿por qué se sentía tan frío? ¿Cuál era la causa auténtica?

Una docena de hombres, lujosamente ataviados, entraron, I acompañados por Volb.

Jarbo y Hryna estaban sentados en sendos sillones, sobre un estrado, en lo que era un sencillo salón del trono.

Los umdramitas se inclinaron profundamente.

—Señor —dijo uno de ellos.

—Supongo que habéis venido a hablar de paz —manifestó Jarbo.

—Así es, señor.

—¿Eres el portavoz de tus compañeros?

—Sí, señor. Me llamo Ub-rik y soy el comandante de la primera división de la flota. Mis compañeros me han elegido para que te comunique los acuerdos que hemos tomado, después de haber informado a todos los soldados y marineros.

—Muy bien, Ub-rik. Habla.

Señor, nos has librado del perverso influjo de la maga que nos tenía sometidos a su infernal poder. Kena ya no existe, ni tampoco Thargon, el rey pelele... Lo habría sido con cualquier otra persona, sin necesidad de que fuese un mago. Thargon ya no existe tampoco ni ha dejado descendencia. Sencillamente, señor, nos sentimos absolutamente liberados.

—Lo celebro —contestó Jarbo—. De tus palabras debo deducir que deseáis la paz.

—Y más todavía, señor. Tras unas breves deliberaciones, hemos acordado suplicarte seas nuestro rey. Wrjeddin y Umdra deben formar una sola nación y tú serás el que la gobierne con justicia y equidad. ¿Aceptas?

Jarbo sonrió. Su destino se cumplía, pensó.

Miró nuevamente a Hryna. Ella parecía inmensamente feliz. Los labios de la chica se movieron en un silencioso bisbiseo. «Acepta», le dijo.

Jarbo asintió.

—Soy vuestro rey y me comprometo solemnemente a gobernar con justicia y equidad, y a proteger, con mi vida si fuese preciso, al pueblo de Umdra que, si los ciudadanos de Wrjeddin aceptan, se convertirán en un solo pueblo al unirse indisolublemente. Gracias a todos vosotros, amigos míos.

Ub-rik sonrió anchamente. Luego se volvió hacia sus compañeros y alzó una mano.

—Hermanos, tenemos rey —gritó.

—¡Rey! ¡Rey! ¡Rey! —gritaron todos.

Jarbo se levantó y avanzó para estrechar las manos de sus nuevos súbditos. Al cabo de unos momentos, Ub-rik dijo:

—Señor, nos gustaría que hicieras una visita a tu nuevo reino. Acompañado de tu esposa, por supuesto.

—Hryna no es aún mi esposa, pero lo será muy pronto. Y, desde luego, aceptamos muy complacidos la invitación. Darm, ¿habrá algún obstáculo en la propuesta que acaban de hacerme?

—Ninguno, señor. A decir verdad, hace muchos años, Umdra y Wrjeddin eran pueblos amigos. Sólo la inesperada llegada de Kena, «La Tigresa», alteró el «status» de paz que reinaba entre nosotros.

Jarbo se volvió hacia Ub-rik.

—En otro momento, me contarás cómo pudo Kena apoderarse de la voluntad de todo un pueblo ¿Cuándo es la partida para Umdra?

Ub-rik se inclinó profundamente.

Sólo necesitamos recibir tus órdenes, señor.

* * *

La flota regresaba engalanada, pese a que había perdido numerosas naves y millares de combatientes. Pero había sido una derrota que había traído la paz.

Abajo, los «remeros» movían los engranajes que hacían girar la hélice y propulsaban el buque a una velocidad próxima a los veinte nudos. Acodado en la borda, Jarbo y Hryna contemplaban la costa que se aproximaba con rapidez.

La distancia entre Wrjeddin y Umdra era más corta de lo que se había imaginado. Apenas una hora después de zarpar, ya habían avistado en lontananza la línea oscura que era el horizonte terrestre de la tierra firme, donde junto a la costa, se hallaba la ciudad de Umdra.

Una nave correo se había adelantado para propagar la noticia. Jarbo sabía que había muchas familias que llorarían a sus muertos, pero eran aún más las que no tendrían que sufrir duelo alguno por los hombres que ya no partirían al combate. En el fondo, la culpable de todo, Kena, la maga de los poderes infernales, ya había pagado sus culpas.

Ub-rik se acercó de pronto a la pareja.

—Se prepara un gran recibimiento. A pesar de que eres nuestro vencedor, has conseguido nuestra libertad y has asegurado la paz para siempre.

—Gracias —contestó Jarbo—. Ub-rik, necesitaré tus consejos. Desconozco muchas de las peculiaridades de Umdra y espero que tú sepas contarme todo lo que yo pueda ignorar. Pero hay algo que prometiste decirme y aún no has hecho. ¿Cómo os pudisteis dejar vencer mentalmente por un solo cerebro?

—Kena apareció hace algunos años, como embajadora de Rettar, el pueblo de los gigantes...

—¿Gigantes? —se extrañó Jarbo—. Era muy alta, en efecto, pero no una gigante.

—Las mujeres, en Kettar, son algo más bajas que los hombres. Ellos nos pasan a todos, cuando menos, un par de cabezas. Son enormemente fuertes, pero Kena, además, tenía una mente con poderes ilimitados. Empezó ganándose la confianza de Thargon y luego, poco a poco, nos fue dominando a todos, hasta tenernos cautivos de su poderoso cerebro. Sospechamos que el Gran Consejo de Rettar llegó a conocer sus facultades y decidió utilizarla para conquistarnos primero y luego a Wrjeddin.

—De modo que Rettar está gobernada por un Gran Consejo...

—Compuesto por tres miembros, a los que nadie ha visto jamás, pero que son terriblemente poderosos. Tú nos has traído la paz, pero presiento que Rettar intentará acabar la tarea que Kena no pudo completar.

—Veremos —dijo el joven—. Prometí defender a Umdra contra todos sus enemigos y cumpliré mi palabra.

Poco más tarde, llegaron al puerto de Umdra. Contra lo que habían esperado, los muelles estaban rebosantes de una multitud silenciosa. Jarbo vio millares de rostros sombríos y se sintió preocupado.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Apenas habían atracado, un hombre subió a bordo y emitió un informe preocupante:

—Señor, el pueblo de los gigantes viene hacia la ciudad y se disponen a conquistarla a sangre y fuego.

* * *

Antes de emprender el viaje, Jarbo había trabajado activamente. Por fin, había podido construirse un catalejo.

El aparato óptico le permitió contemplar las imágenes de un ejército de hombres de descomunal estatura, que se acercaban caminando con paso rítmico y pesado. El aspecto de los rettarianos era pavoroso.

Confiados en su fortaleza física, iban casi desnudos y portaban solamente venablos, hachas y espadas. Avanzaban en espesas filas, seguros de sí mismos, como una máquina de destrucción compuesta por millares de elementos con figura humana.

Jarbo bajó el catalejo y se volvió hacia Ub-rik.

—Calculo que deben de ser unos diez mil —dijo—, ¿De cuántos arqueros podríamos disponer?

—Unos tres mil. Todo el mundo sabe, por supuesto, manejar el arco y las flechas, pero esos tres mil son los más entrenados, señor.

—Es decir, podemos confiar en su rapidez de disparo y en su puntería.

Contorneando la ciudad, mucho más grande que Wrjeddin, había un gran muro de piedra. Sin embargo, era bastante bajo, de apenas tres metros de altura. Para los atacantes, no representaría un obstáculo insalvable.

Jarbo volvió a usar el largavistas. El ejército enemigo estaba a unos diez kilómetros de distancia. El catalejo era aún muy imperfecto; no había dispuesto de tiempo suficiente para pulir las lentes como le habría gustado. Aun así, era bastante para acercar las imágenes considerablemente, con relativa nitidez.

A retaguardia de aquella abrumadora masa de guerreros gigantes, viajaba una extraña comitiva. Un centenar de hombres transportaban una enorme plataforma, provista de un amplio dosel, sostenido por columnas. Bajo el dosel, se divisaban tres asientos, ocupados cada uno por un hombre lujosamente ataviado, aunque era imposible distinguir todavía sus facciones.

Jarbo ya no dudó de que el Gran Consejo de Rettar iba a dirigir la ofensiva. Pero no podían quedarse tras los muros.

—Nuestra defensa ha de ser activa —dijo—. En verdad, será más bien una ofensiva… y la vamos a preparar inmediatamente.

Delante de la ciudad, a unos quinientos metros, había visto una larga falla del terreno, de suave pendiente, con la parte más baja situada al nivel de la base del muro. Jarbo tomó rápidamente una decisión.

—Ub-rik, reúne a los arqueros inmediatamente.

—Sí, señor.

Luego, Jarbo se volvió hacia la muchacha.

—Hryna, prepara tu arco y tus flechas. Voy a necesitar luchar a tu lado.

—Bien —sonrió ella—. Llegué a creer que ya no ibas a permitirme luchar a tu lado.

Jarbo apretó afectuosamente su brazo.

—Tenemos que pelear juntos... o morir juntos —contestó.

* * *

Dos horas más tarde, el ejército de los gigantes empezó a desplegarse a derecha e izquierda, mediante una maniobra hábilmente ejecutada. En pocos minutos, diez mil hombres formaron un impenetrable muro de armas, de unos dos mil metros de anchura. Jarbo pudo apreciar que el frente estaba compuesto por un millar de hombres. Diez filas formaban un compacto bloque, que impresionaba sólo con su aspecto.

En el centro de la primera fila había un centenar de gigantes, por parejas. Cada pareja sostenía un grueso madero, rematado en una enorme bola de metal

—Cincuenta arietes —murmuró Jarbo—. Con la fuerza de que disponen, batirán la muralla en cuatro golpes.

Inesperadamente, un grupo de hombres se destacó de la masa y avanzó hacia la ciudad. Jarbo saltó en el acto.

—Ub-rik, que nadie se deje ver —gritó.

Echó a correr, salvó la línea de flecheros, oculta a la vista del enemigo, ascendió en dos saltos por el talud y llegó a terreno nivelado.

La visión de los atacantes, desde cerca, le anonadó. Eran aún más

altos de lo que había descrito Ub-rik. Sin dificultad alguna, rebasaban los tres metros. Se preguntó si aquel gigantismo se debía a algún método artificial de crecimiento.

Los tres miembros del Gran Consejo permanecían a retaguardia, protegidos por un férreo cordón de porteadores que, además, eran su guardia personal. Jarbo percibió las venenosas emanaciones mentales que brotaban de tres malignos cerebros.

Pero era solamente una sensación desagradable, nada fuerte, como había sucedido en su encuentro con Kena. Podía soportarlo sin dificultad.

Los gigantes se detuvieron. Uno de ellos, ataviado con un vistoso uniforme, dio dos pasos más y se acercó al joven.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Budd Jarbo, rey de Umdra y de Wrjeddin, y pronto de todo Zehitar. Dime tu nombre, extranjero.

—Soy Bahiz, general del pueblo de Rettar. En nombre de mi ejército, os intimo a la rendición. Conservaréis vuestras vidas, pero nos perteneceréis como servidores.

—Bahiz, ¿hablas por ti mismo o es la voz de otra persona la que sale de tu boca?

El gigante se atiesó.

—¿Qué quieres decir?

—¿Eres sincero? ¿Deseas de verdad la conquista de Umdra? ¿O es algo que tres repugnantes individuos han infiltra do en tu mente?

Bahiz se golpeó el pecho con el puño.

—Ellos lo ordenan y yo estoy completamente de acuerdo con su mandato —contestó.

—¿Y si nos negarnos a la rendición?

—Pasaremos Umdra a sangre y fuego.

Hubo un instante de silencio. Luego, Jarbo dijo:

—Bahiz, soy el vencedor de Kena.

—Era invencible.

—Le corté la cabeza. No me gustaría hacer contigo lo mismo. Pero, puesto que quieres guerra, la tendrás. Sólo deseo que sobrevivas, para que comprendas la enormidad de tu error.

—Si estoy equivocado, tú no vivirás para verlo. Os damos cinco mil latidos de corazón para alzar bandera de rendición, pasado ese plazo, atacaremos —contestó Bahiz orgullosamente.

—Estamos dispuestos a defendernos —dijo Jarbo sin inmutarse.

CAPITULO XI

Cinco mil latidos, unos setenta minutos, poco más de una hora, pensó Jarbo.

Hryna, armada con arco y flechas, éstas en una aljaba situada a su espalda, le contemplaba con ansiedad. De pronto. Jarbo dio una orden:

—Ub-rik, haz que preparen lo necesario para las flechas incendiarias.

—Si, señor.

Los trabajos comenzaron inmediatamente. Luego, Jarbo hizo una petición.

—Necesito a los cincuenta mejores arqueros. Pronto, que vengan todos aquí.

Diez minutos más tarde, había reunido a los cincuenta arqueros y les dio las instrucciones necesarias. Cada uno de ellos tenía detrás a dos hombres, dispuestos a proveerles de flechas incendiarias a fin de que pudieran disparar con la mayor rapidez posible.

—Hryna, tú harás el disparo guía —dijo él.

—Sí, Budd.

El bloque atacante estaba a unos quinientos metros de distancia, sumido en un hosco silencio. De repente, se oyó un fuerte grito.

Diez mil hombres se pusieron en marcha inmediatamente. Avanzaban con paso firme, rítmico, como una pesada máquina de guerra, de potencia irresistible.

Cuando estaban a unos cincuenta metros, Jarbo alzó el brazo y lo bajó rápidamente.

Cincuenta arqueros corrieron a la cresta del talud y empezaron a disparar flechas incendiarias contra los maderos de los arietes. Un minuto después, se había producido una terrible confusión en el centro de la línea.

La mayoría de los arietes habían caído al suelo. Sus portadores se

afanaban por apagar las llamas. Algunos habían recibido flechas incendiarias y chillaban horriblemente, abrasados en parte.

Dos o tres arietes, sin embargo, consiguieron superar la crítica situación y continuaron el avance. A diez metros de distancia, sus portadores fueron acribillados literalmente por una nube de flechas, que los derribó en contados segundos.

Mientras, Bahiz se afanaba por restablecer el orden. El ejército atacante se había detenido momentáneamente.

Jarbo hizo otra señal. Tres mil arqueros aparecieron simultáneamente a la vista de los gigantes.

Tres mil flechas fueron disparadas a un tiempo. Fue como si alguien hubiera hecho resonar las cuerdas de una guitarra de dimensiones indescriptibles.

El resultado de la primera descarga fue devastador. Para aquel golpe, Jarbo no quería demasiada puntería; sólo buscaba los efectos de la masa. Los arqueros habían recibido determinadas instrucciones y todos ellos tiraron al centro de la línea.

Las alas quedaron intactas, pero casi quinientos gigantes cayeron de golpe. Ninguno de ellos había recibido menos de tres o cuatro flechazos. El desconcierto llegó a alcanzar proporciones descomunales.

Durante unos minutos, todo fue confusión y espanto en el campo atacante. Al fin, Bahiz, a fuerza de golpes e imprecaciones, consiguió restablecer la línea.

—Otra descarga igual —ordenó Jarbo, impasible.

Tres mil flechas más causaron horribles estragos entre los gigantes. Los proyectiles emplumados caían enormemente concentrados en un espacio que no tenía más de cien metros de anchura Aunque no se disparase con demasiada puntería, era imposible que se perdiese una sola flecha.

Los alaridos de los gigantes formaban un estruendo inimaginable. La mayoría de ellos se revolcaban frenéticamente, tratando de arrancarse las flechas profundamente clavadas en la carne. Muchos, sin embargo, yacían inmóviles. Pese a su enorme corpulencia, habían muerto instantáneamente,

—¿Y yo, cuándo disparo? —preguntó Hryna de pronto.

—Espera —dijo Jarbo.

Los gigantes parecían haber desistido de sus propósitos de atacar, pero aún no se habían retirado. Muchos, sin embargo, daban la sensación de mantener cierta serenidad.

Podía ser peligroso. En una lucha cuerpo a cuerpo, los rettarianos llevarían todas las de ganar, aún siendo inferiores en número.

Era preciso evitarlo, se dijo Jarbo.

—Hryna —llamó de pronto.

—Dime, Budd.

—¿Ves la plataforma en donde están aquellos tres hombres?

—Sí, perfectamente.

—Es un tiro largo, pero te he visto cazar pájaros al vuelo y a más de cien pasos de distancia.

—Comprendo.

—La fuerza de los gigantes no está tanto en su cuerpo como en los miembros del Consejo Supremo de Rettar.

Hryna asintió. Puso una flecha en la cuerda y empezó a tensar el arco.

La lucha se había suspendido, como si todos los contendientes adivinasen que el resultado de la batalla dependía de la acción de uno solo de sus protagonistas. Pero, de súbito, alguien pareció dar una orden y los gigantes, con un aterrador clamoreo, se precipitaron hacia adelante, lanzándose a una furiosa carga.

—¡Aguantad, Ub-rik! —gritó Jarbo.

El número de los gigantes era todavía muy elevado y la victoria no se había decantado aún por ninguno de los dos bandos. Jarbo, sin embargo, empezó a temer por el final de la batalla.

Los arqueros dispararon frenéticamente, pero no consiguieron refrenar la marcha de los atacantes. Jarbo se situó junto a la muchacha, con la espada en la mano.

El choque se adivinaba inminente, cuando Hryna disparó la primera flecha. El proyectil ascendió silbando, llegó al punto máximo de su trayectoria e indicó el descenso hacia el blanco elegido.

Uno de los consejeros se puso en pie, agitando frenética mente su

mano, como si ordenase a la flecha que detuviera su vuelo. Pero trataba con un ser inanimado.

La flecha se hundió profundamente en la parte alta de su pecho y asomó por la espalda, a la altura de los riñones. El consejero se desplomo como una masa inerte.

—¡Bien, Hryna, has conseguido tu primer blanco! —gritó Jarbo—. Concéntrate y sigue disparando.

Los gigantes estaban ya a pocos pasos de distancia. Decenas de flechas volaban a su encuentro, pero no parecía que hubiese fuerza humana capaz de detenerlos.

Los porteadores de la plataforma iniciaron un apresurado movimiento de retroceso. Jarbo adivinó que los consejeros habían consumido la mayor parte de su poderío mental. Había sido como una especie de transferencia, al cerebro de Kena «La Tigresa», y ello les había hecho perder gran parte de su fuerza. Quizá, con el tiempo, llegarían a recuperar su poderío psíquico y a emplearlo en toda su intensidad, pero las circunstancias no les habían permitido llegar de nuevo al cenit de sus fuerzas mentales.

El segundo proyectil alcanzó otro blanco. Esta vez, la flecha perforó un cráneo humano. Otro consejero rodó sobre la plataforma.

El tercero y último aulló frenéticamente, tratando de azuzar a los porteadores del solio. Incluso blandió un látigo, como si con ello pretendiese conseguir una mayor velocidad en la retirada.

Hryna, ajena al griterío y a las primeras luchas cuerpo a cuerpo que se producían en sus inmediaciones, se concentró en la puntería. Lanzó una mirada a la plataforma en retirada, calculó el tiempo de trayectoria y soltó la cuerda.

La tercera flecha subió más alta que ninguna y descendió con fulgurante movimiento. Hryna lanzó un grito de rabia al verla clavarse en el borde opuesto de la plataforma.

—¡He fallado el tiro!

Y puso una nueva flecha en el arco, pero Jarbo extendió una mano y detuvo su gesto.

—No has fallado —dijo—. Ha sido un tiro perfecto.

—Pero se mantiene en pie…

—Ahora caerá. La flecha le ha traspasado por completo.

Jarbo sostenía el largavistas con la mano izquierda. El consejero superviviente estaba erguido y hasta sonreía. Pero, de pronto, pareció notar algo semejante a una sensación de dolor.

Jarbo le vio bajar la cabeza y contemplar el redondo agujero rojo que se había abierto en su pecho. Luego, de súbito, las fuerzas le fallaron, dio un traspié, se inclinó a un lado y cayó fuera de la plataforma.

Los porteadores abandonaron aquel conjunto de maderas que ya resultaba inútil. En las filas de los gigantes se había producido un movimiento de indecisión.

De repente, alguien emitió un atroz alarido. Jarbo volvió la cabeza un poco.

—¡Cuidado, señor?—gritó Ub-rik.

Hryna chilló angustiada. Jarbo puso la mano en la empuñadura de su espada.

Atropellando a la gente, abriéndose paso como un ariete humano, Bahiz trataba de llegar hasta él. Jarbo vio en las manos del general algo que parecía un descomunal alfanje. Un par de arqueros intentaron detenerle, pero Bahiz movió el arma y dos cabezas volaron por los aires, cortadas de un solo tajo.

Ub-rik trató de interponerse, pero Jarbo lanzó una orden:

—¡Quieto! ¡Bahiz es para mí!

Ub-rik se apartó a un lado. Bahiz se detuvo a pocos pasos del joven, lleno de sudor y sangre y con su alfanje manchado de rojo. Los ojos del gigante ardían de furia.

—Bahiz, recuerda nuestra conversación —dijo Jarbo.

—No olvido ni una sola sílaba —contestó el gigante, cuyo poderoso torso se hinchaba y vaciaba con enorme rapidez.

Jarbo se dio cuenta del detalle. El ritmo de la respiración de Bahiz era muy superior al normal. Eso sólo indicaba una cosa: fatiga, y ello debido a la falta de entrenamiento.

Los músculos, por otra parte, no tenían la suficiente potencia para sostener un cuerpo que en ningún caso bajaba de los doscientos kilos

de peso. ¿Se trataba de un crecimiento provocado artificialmente, mediante manipulaciones genéticas?

En todo caso, si los gigantes parecían capaces de desarrollar un esfuerzo intenso durante un tiempo muy corto, no podían sostenerlo por mucho rato. La naturaleza, se dijo, tenía unas leyes que no podían ser quebrantadas impunemente. La fuerza de los gigantes derivaba más de su misma corpulencia que del poder real de sus músculos.

Jarbo sonrió, a la vez que hacía un gesto con la mano izquierda.

—Adelante, Bahiz.

El general descargó su primer golpe. Podía haber abierto a Jarbo a todo lo largo de su cuerpo, pero falló y el filo del alfanje golpeó la tierra. Bahiz grito y su voz fue la única que se oyó en el súbito silencio que se había hecho en el campo de batalla.

Bahiz continuó su ataque, asestando terribles golpes, ninguno de los cuales alcanzaban su objetivo. Jarbo se limitaba a ir de un lado para otro, dejando que los aceros entrasen en contacto solamente cuando no veía riesgo de rotura de su espada. Al cabo de un par de minutos, los movimientos de Bahiz se hicieron más lentos e imprecisos.

Bruscamente, Bahiz hizo una última intentona. Una vez más, el alfanje golpeó sólo el vacío. Bahiz no lo pudo resistir y cayó arrodillado, exhausto, absolutamente sin fuerzas.

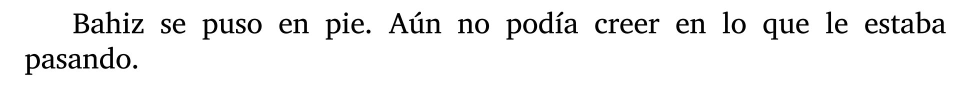
El arma se desprendió de sus dedos. Chorreando sudor por todos los poros de su cuerpo, miró al joven con rabia impotente.

—Estoy acabado... Mátame y habrás conseguido tu victoria.

Jarbo se acercó al gigante, que ofrecía un aspecto patético, sin ánimos para moverse. Bahiz inclinó la cabeza, ofreciéndole el cuello sin una sola queja.

Pero Jarbo no quería rematar su victoria con una muerte inútil. Sabía que un gesto amistoso valdría mucho más que la muerte de Bahiz. Envainó la espada, recogió el alfanje y lo volvió de nuevo a las manos de su dueño.

—Toma, guárdalo —dijo—. Has peleado valerosamente y con dignidad, aunque fuese por una causa que no lo merecía. Yo, rey de Umdra y de Wrjeddin, te perdono la vida y lo hago para que haya siempre paz entre todos los pueblos de Zehitar.



Bahiz se puso en pie. Aún no podía creer en lo que le estaba pasando.

—No me has matado...

—Ya ves —sonrió el joven.

—Tenías derecho a quitarme la vida. Eres el vencedor...

—El vencedor tiene derecho, sobre todo, a perdonar la vida del vencido. Pero apuesto algo a que no fuiste a la guerra demasiado convencido de su justicia.

Bahiz entornó los ojos.

—Han muerto los tres consejeros —dijo.

—Sí. —Jarbo agarró a Hryna por un brazo y la situó frente al gigante individuo—. Ella lo hizo.

Bahiz hizo una profunda reverencia.

Nunca se olvidará tu hazaña, señora. Se hablará de tus tres disparos mientras existan los días en Zehitar, mientras haya hombres y mujeres con memoria. Y entonces sabrán que, gracias a vosotros dos, los ambiciosos han recibido el castigo que se merecían.

—Presionaban sobre vuestras mentes, ¿no es así? —dijo Jarbo.

—Si. Ahora me noto libre de veras...

Bruscamente, Bahiz se volvió y lazó un poderoso grito:

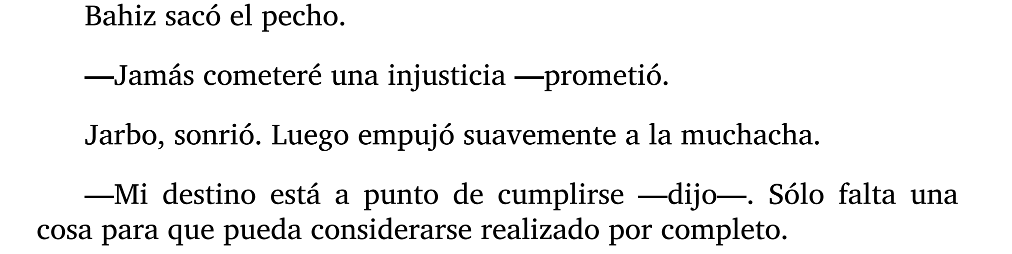
—¡Hombres de Rittar! Ahora somos libres, aunque vencidos. Hemos ganado la paz y ello se debe a nuestro vencedor, Budd Jarbo, rey de Umdra y de Wrjeddin. ¡Propongo al vencedor como rey de Rittar!

Miles de armas se alzaron a la vez, al mismo tiempo que millares de gargantas aclamaban a Jarbo como rey de Rittar. El joven sonrió, con el brazo en la cintura de Hryna.

Un imponente griterío se alzó durante unos minutos. Luego, Jarbo volvió a enfrentarse con Bahiz.

—Acepto el nombramiento —dijo—. Pero como yo no podré estar en todas partes al mismo tiempo, te ruego que aceptes mi representación personal. Si lo que haces es justo, lo aprobaré; si es injusto, tu pueblo te pedirá cuentas y yo procuraré que se te castigue

adecuadamente.



Bahiz sacó el pecho.

—Jamás cometeré una injusticia —prometió.

Jarbo, sonrió. Luego empujó suavemente a la muchacha.

—Mi destino está a punto de cumplirse —dijo—. Sólo falta una cosa para que pueda considerarse realizado por completo.

—¿Qué es, Budd?

—Por ahora no puedo decírtelo. Tengo que hacer un viaje imprescindiblemente. Te lo contaré a mi regreso.

—¿No puedo acompañarte?

Jarbo hizo un gesto negativo.

—Debo ir solo. Pero espérame, porque volveré —contestó con voz llena de firmeza.

CAPITULO XII

Jarbo no viajó solo, aunque sus compañeros no pertenecían a la raza humana. Montaba el caballo que había sido de Trylk y «Nick», el tigre azul, galopaba a su lado.

Casi no recordaba el camino, pero una especie de instinto le hizo recordar la ruta con toda precisión. Al fin, una semana más tarde, avistó la montaña, en cuya ladera le había sorprendido meses atrás una feroz tormenta.

En las inmediaciones de la cueva, desmontó. Comprendió que no debía entrar armado y dejó caer al suelo el cinturón con la espada. También se quitó las ropas que llevaba.

Se descalzó asimismo. Debía entrar en la cueva como lo había hecho en aquella ocasión. Lentamente, ascendió la pendiente y se detuvo ante la entrada.

En la cueva sólo había silencio y oscuridad, excepto en un punto, de donde brotaba una tenue melodía, que parecía brotar de las entrañas de la tierra. En aquel lugar, se divisaba un resplandor azulado, intenso, pero, al mismo tiempo, inofensivo para las retinas.

Paso a paso, Jarbo avanzó hacia la copa de dinamita, que seguía en la hornacina. En aquellos momentos, recordó las palabras oídas meses antes, pronunciadas por un ser invisible y que habían resonado silenciosamente en el interior de su cerebro.

La copa serviría para su proclamación como rey de Zehitar y estaba aguardándole, porque ya era digno de poseerla para siempre.

Alargó la mano. El obstáculo que había encontrado antes ya no existía.

La copa emitió destellos irisados. Jarbo sintió un extraño fuego que corría velozmente por sus venas. Delante de él se produjo un extraño torbellino multicolor.

Un fuego rojo apareció súbitamente en el centro de la cueva. Jarbo, asombrado, vio arder unos leños, lo mismo que había visto meses antes.

Y, de pronto, sonó una voz:

—Se ha cumplido tu destino. Ya eres rey de Zehitar.

Asombrado, Jarbo miró hacia el lugar de donde procedía la voz. Había partido del hueco situado al fondo, en donde había un enorme montón de suaves y cálidas pieles. Allí se divisaba una alta figura, sólo una negra silueta, cuyo rostro no se dejaba ver.

—¡Adzira! —gritó.

Le pareció que ella sonreía, pero sólo podía ver su figura, sin más detalles.

—¿Eres tú o es un sueño? —preguntó el joven—, ¿No he soñado todo lo que me ha sucedido? ¿Me acosté anoche y acabo de despertar?

—Todo ha sucedido realmente, porque así tenía que ser —contestó ella—. Has conquistado Zehitar y el planeta será tuyo y de tus descendientes.

Jarbo soltó una amarga carcajada.

—¡Mis descendientes! —exclamó—. No puedo tenerlos, porque no soy capaz de sentir deseo hacia ninguna mujer. Soy un… eunuco…

—No —contradijo Adzira—. Tenía que ocurrir así. Debías conservarte puro e incontaminado, hasta que tu destino se hubiera cumplido. No podías distraer tu atención en el amor de una mujer. Era preciso que realizases tu misión sin interferencias.

—Entonces, ¿vuelvo a ser normal?

—Sin duda alguna.

—Pero entre tú y yo… aquella noche… Yo te amé…

—Fue un sueño de tu mente. No podías amarme, porque aún no había llegado el momento propicio.

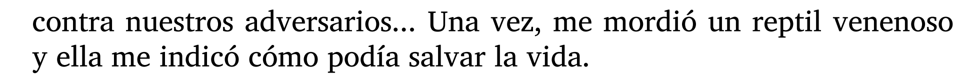
—Entonces, ¿quieres decir que… ahora…?

Hubo un instante de silencio. Jarbo se sentía aún terriblemente confundido.

—Adzira…

—Dime. ¿Tienes algunas dudas?

—Yo me encontré con una mujer.. Viajamos juntos, peleamos



contra nuestros adversarios... Una vez, me mordió un reptil venenoso y ella me indicó cómo podía salvar la vida.

—Lo sé.

—En otra ocasión, una bestia feroz, un «schjack», me cortó el brazo derecho. Ella volvió a unirlo y el miembro se curó...

—También lo sé, Budd.

—Ahora has dicho que ya ha llegado el momento en que puedo amarte. Adzira, lo siento infinito, pero estoy enamorado de esa mujer y sólo puedo ser de ella.

De nuevo se produjo otra corta pausa. Jarbo vio que los ropajes negros que envolvían a Adzira empezaban a caer lentamente al suelo.

Retrocedió un paso.

—Es inútil —dijo—. No me tientes. Pertenezco a Hryna y sólo seré suyo...

—Budd, no traicionarás tu amor —aseguró ella—. Acércate y mírame bien. Ven, ven...

Jarbo avanzó unos cuantos pasos. Debajo de la negra túnica, ella vestía un traje blanquísimo, casi transparente. Jarbo lanzó un grito ahogado al reconocer las facciones de Hryna.

—Es un truco tuyo... Un ardid de tu mente...

—No. Yo era Hryna y lo fui desde el momento en que nos conocimos. Debía ayudarte a que se cumpliera tu destino. Pensé que era mejor estar a tu lado como una mujer de carne y hueso. Y lo estaré siempre.

—¿Ya no serás... una Maga?

Ella sonrió.

—Al llegar tú, empecé a perder mis poderes. También tenía que suceder así. Ahora sólo soy una mujer mortal un ser de carne y hueso, como tú.

Jarbo se pasó una mano por la frente.

—Ella, Hryna, nunca lo mencionó...

—Era Hryna todavía y había muchas cosas que ignoraba.

—¿Y ahora?

—Adzira ha dejado de existir. Soy Hryna.

Jarbo titubeó aún. Ella añadió:

—He olvidado lo que fui y soy Hryna para siempre. Ven, celebraremos nuestros esponsales…

Jarbo inspiró profundamente. Fue hacía Hryna y la abrazó con toda la pasión de su alma, Y los dos se fundieron en un solo ser…

* * *

Darm Volb salió alarmado a su encuentro.

—Señor, Hryna había desaparecido misteriosamente y no sabíamos donde se encontraba… Nos alegramos infinito de verla a tu lado…

—Gracias, Darm, pero ella sólo fue a buscarme, porque estaba impaciente. No ha ocurrido nada de particular, excepto que ahora es mi esposa.

—Daremos una gran fiesta, señor —exclamó Volb jubilosamente—, Vendrán gentes de todas partes, de Umdra, de Rittar, del país de los salvajes… Todos querrán aclamar a su rey…

Jarbo le entregó la copa.

—Servirá en la ceremonia de proclamación —dijo—. Guárdala, porque también la utilizarán nuestros descendientes.

—Así será, mi señor.

Jarbo desmontó y asió a la muchacha por la cintura.

—Eres feliz, supongo.

—Como nunca —respondió ella.

—¿Recuerdas a Adzira?

—¿Quién es Adzira?

Jarbo se echó a reír, inmensamente dichoso. En Zehitar existía un espíritu poderoso, que había inspirado todas sus acciones. Pero había alguien aún con mayor poder. Alguien que reinaba sobre todo el Universo, pensó.

—Vamos —dijo—. Ahora es cuando va a dar principio mi reinado.

Un par de años más tarde, Jarbo, en su residencia, trabajaba en cierto proyecto de ingeniería cuando, de repente, oyó un enorme griterío.

—Hryna entró corriendo en la estancia.

—!Budd, llega una nave del espacio! —exclamó.

Jarbo lanzó a un lado la pluma y corrió hacia la ventana. A unos dos mil metros de altura, se divisaba un enorme navío espacial, que descendía lentamente hacia el suelo.

Frunció el ceño. Ahora disponía de un buen catalejo y pudo apreciar en los costados del aparato las insignias de la Tierra.

—Si vienen a buscarme... —masculló.

Hryna se sentía terriblemente aprensiva.

—Al dejarte aquí abandonado, cumplías tu sentencia. No tienen derecho a infligirte otro castigo.

—Pero tienen otras armas... Sin embargo, quizá podamos rechazarlos, sin recurrir a la violencia, caso de que lleguen con intenciones hostiles. Haz que avisen al huésped; quiero que esté presente cuando nos visiten los tripulantes de esta nave.

—Sí, ahora mismo.

Jarbo se enderezó. Aunque no le gustaba, en ocasiones comprendía que era obligado vestir ropas de ceremonia.

Una hora después, Volb anunció la visita de un grupo de hombres procedentes del planeta Tierra. Jarbo accedió a recibirlos en la sala del trono.

Media docena de hombres, lujosamente ataviados, hicieron su entrada en la gran sala. Jarbo reconoció, no sin sorpresa, al juez que le había leído la sentencia años atrás, cuan do lo abandonaron en Zehitar completamente desnudo, sin más armas que su cerebro y sus músculos.

—Bien venido, juez Dharton —saludó.

—Dharton sonrió.

—Has llegado muy alto, Budd Jarbo —dijo—. Te felicito.

—Gracias. Juez, el tratamiento adecuado es «señor». No lo olvides

—contestó el joven ásperamente.

—Veo que te has tomado tu papel muy en serio —dijo Dharton—. Bien, el tratamiento es lo de menos. Lo importante es que se han cumplido las predicciones de la Gran Computadora Máxima.

Jarbo alzó las cejas.

—No te entiendo. Explícate, te lo ruego.

—Hace años, el Gran Consejo de la Tierra supo de la existencia de un planeta habitable, con una enorme riqueza potencial. No podíamos conquistarlo por la fuerza, cosa prohibida por las leyes galácticas, ni tampoco existía un gobierno planetario con el cual tratar para establecer unas relaciones fructíferas para ambos planetas. Se efectuó una consulta a la G.C.M. y nos dio la respuesta: sólo un hombre podía conquistar el planeta, convertirse en su rey y constituir así un gobierno legítimo, capaz de establecer pactos con otros gobiernos planetarios.

—¿De modo que fue la computadora la que me arrojó aquí…?

—Sí. Lo siento. La idea no fue mía. Todo lo dispuso la G.C.M.

—¿Incluido el delito que no cometí y del que fui acusado injustamente?

—Era parte del plan, compréndelo. Pero has triunfado y debes olvidar lo ocurrido. El gobierno de la Tierra ha retirado cualquier acusación contra ti y te considera inocente.

—Magnífico. ¿Qué me van a dar ahora? ¿Unas palmaditas en la espalda, un puñado de monedas al mes y un trozo de chapa para que me la prenda en el pecho?

—Budd…

—¡«Señor»! —dijo él irritadamente.

—Señor, el gobierno de la Tierra te confirmará en tu puesto, a condición de que aceptes constituir a Zehitar en protectorado de la Tierra. Traigo plenos poderes para firmar un pacto…

—Esos poderes no valen ni el papel en que están escritos —contesto Jarbo con acento desdeñoso—. Conquisté el planeta, es cierto, y si soy su rey, es por la aquiescencia de sus habitantes, no porque el gobierno de la Tierra lo permite. Ese gobierno carece aquí de cualquier autoridad y no puede obligarme a firmar un tratado que

significaría, simplemente, la pérdida de nuestra independencia.

Dharton frunció el ceño.

—Podemos obligarte…

Jarbo hizo un gesto con la mano.

—Señor Sivvoth…

Un hombre se destacó, vestía una túnica escarlata y, en el lado izquierdo, llevaba un enorme medallón con unos grabados en relieve, cuya sola vista hizo palidecer a Dharton.

—Soy Sivvoth, representante personal del Gran Gobierno de la Galaxia —se presentó—. He oído sus palabras, juez Dharton, y debo decirle que las pretensiones de la Tierra no sólo están injustificadas, sino que contravienen de un modo absoluto las leyes galácticas, superiores a cualquiera de las planetarias. Zehitar, al igual que la Tierra, forma parte ahora de la Federación, sin por ello dejar de ser absolutamente independiente, y cualquier gobierno planetario que quiera alterar este «status», tendrá que enfrentarse con la cólera de la Federación.

Dharton se sentía aterrado.

—Señor, yo ignoraba… Sólo soy un simple emisario…

—Vuelva a su planeta y cuente lo que ha visto y oído —dijo Sivvoth—. Y dígales a los miembros de su gobierno que olviden por completo sus veleidades expansionistas, que no tienen razón de ser en esta Galaxia.

Sivvoth se volvió hacia Jarbo.

—Señor, ¿tiene algo más que añadir?

—Sí —dijo el joven—. Juez Dharton, sospecho que la Gran Computadora Máxima no es la máquina perfecta que todos creen. Predijo, sin duda alguna, lo que yo podía conseguir en Zehitar, pero erró el final, lamentablemente, porque, en resumidas cuentas, es una máquina, incapaz de sentir plenamente las reacciones humanas. La G.C.M. se equivocó y usted no puede impedir ya que se rectifique ese error.

Dharton se sentía abrumado. Jarbo sonrió.

—Apuesto algo a que trae en el bolsillo el nombramiento de

Comisario de la Tierra o algo por el estilo. Vamos, un cargo que le permitiera dar órdenes a su antojo, sin considerar mi autoridad, ¿no es cierto?

Dharton guardó silencio. Jarbo agitó una mano.

—La audiencia ha terminado —dijo—. Juez Dharton, vuélvanse inmediatamente por donde han venido. Para decirlo claramente, son unos huéspedes indeseables de Zehitar y no queremos padecer su presencia un solo minuto más de lo necesario.

Más tarde, Hryna se encaró con su esposo.

—Eres terrestre. ¿No lamentas haberles dado esa lección?

—Ya no soy terrestre. Soy el rey de Zehitar, un zehitariano más, como tú…

En la estancia contigua se oyó de repente un llanto infantil.

—… y como ese llorón que, sin duda, está reclamando ya su alimento —concluyó alegremente.

Besó a Hryna y ella le devolvió el beso cálida, ardientemente.

Homo rex —murmuró ella—. Mi rey —suspiró.

El niño calló de pronto. Luego rompió a llorar con más fuerza.

No le hagas esperar, querida —dijo Jarbo.

Hryna se marchó corriendo. Jarbo se asomó a una ventana.

Las estrellas lucían en el cielo. De pronto, Jarbo se sintió acometido por una duda.

¿Adzira? ¿Hryna?

Daba lo mismo. Era ella y estaba a su lado para siempre.

F I N



Si le gusta lo más escalofriante,
lo más insospechado, lo menos absurdo,
lo no apto para lectores nerviosos...
lea y saboree cualquier relato de la

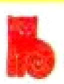
Selección



que se los ofrece ahora semanalmente
y en cada uno de los cuales hallará siempre
las mejores novelas escritas por los más
afamados expertos en el género.

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Precio en España 50 ptas.

Impreso en España